

ediciones biblioteca films
SERIE ESPECIAL.

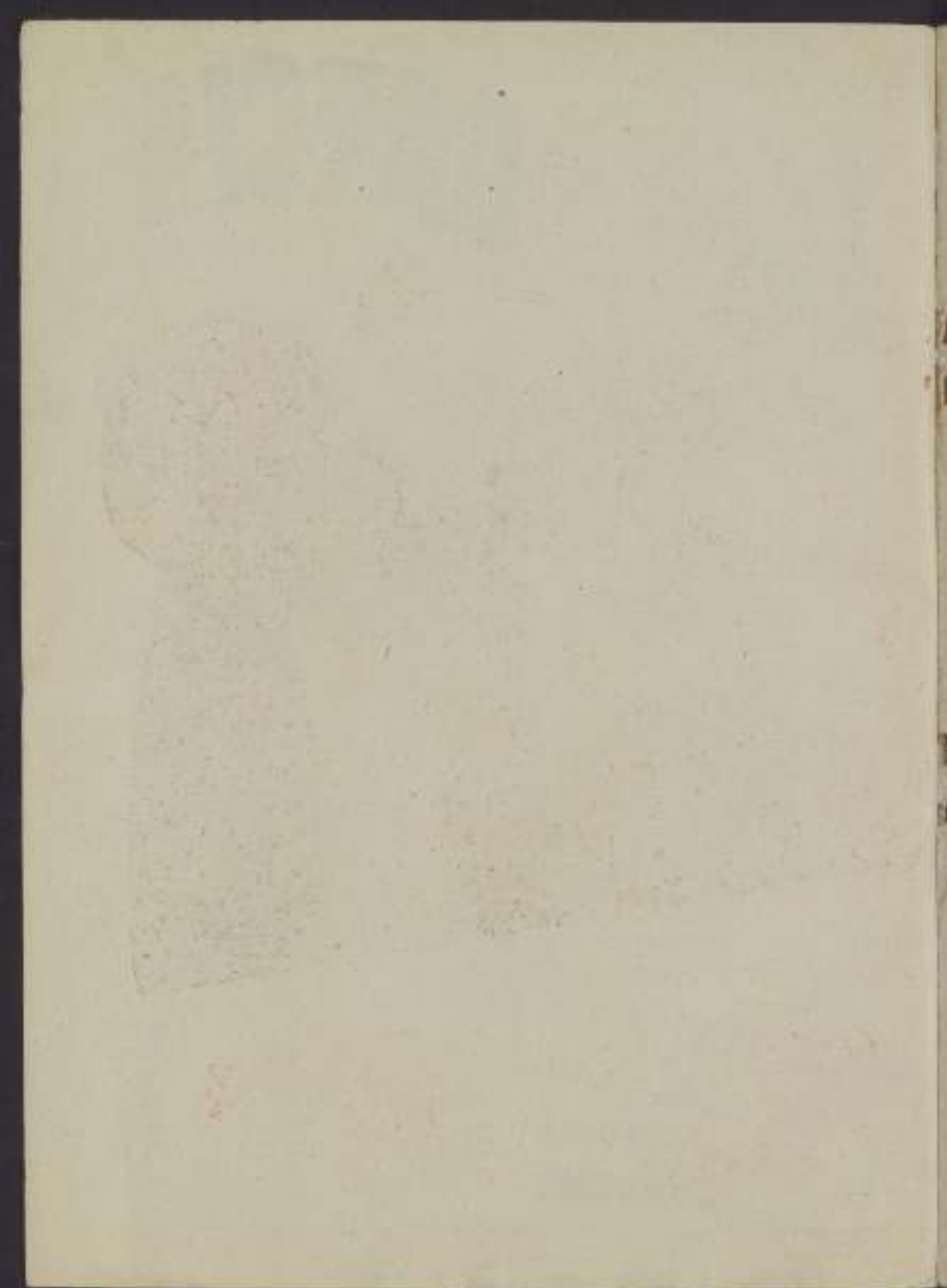
Los **3** GARCIA



Editorial **Alas**

Pedro **INFANTE**
Abel **SALAZAR**
Victor Manuel **MENDOZA**





EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Director propietario: RAMÓN SALA VERDAGUER

Aportada 707 " BARCELONA " Teléfono 70657
Valencia, 224 " Dirección telegráfica: EDITALAS

AGENCIA DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería
Richard, 14, Barcelona - Tercera, 4, Madrid

EDITORIAL

"ALAS"

▼ ▼ ▼

AÑO XXVI

SERIE ESPECIAL

NUM. 284

NUM. 155

LOS TRES GARCIA

Esta novela cinematográfica, basada en la película del mismo título, se desarrolla en la «plácida» ciudad de San Luis de la Paz (México), pues paradójicamente la paz desapareció en cuanto los TRES GARCIA crecieron, empezando los pleitos y las bofetadas, pues los TRES GARCIA por algo eran primos, y siendo de la familia era comprensible fueran pendencieros.

Los tres se llamaban LUIS y les servía de freno el temple de su abuela, Doña Luisa García, que era bravucona de pelo en pecho y puro en la boca.

Resumiendo, nuestros protagonistas son tres hijos de la furia, tres huracanes, tres machos, tres Luises, tres García.

Distribución
para España:



Cinematografía Comercial, S. A.

Jacometrezo, 14

MADRID

PRINCIPALES INTERPRETES

Pedro Infante
Abel Salazar
Victor Manuel Mendoza
Sara Garcia
Marga López
Carlos Orellana

Narración Escrita por
Luis Manuel Molina

El día de San Luis amaneció apaciblemente sobre el pueblo de San Luis de la Paz. Nada en el cielo que presagiara tormentas ni chubascos, y bien pudiera decirse que todos los elementos se disponían en buena compostura a rendir homenaje en la tierra al glorioso Santo, que, como tal, vivió en los más puros effluvios del amor divino y disfrutó ampliamente de la paz, a que se hacen acreedores los hijos de Dios. No es que, en realidad, se hiciera excepción con esta fecha, pues el clima es en aquellas latitudes benigno y generoso y, salvo la ardiente monotonía de un sol siempre exuberante, a veces cruel e implacable, la campiña es alegre y rica, tal vez algo más para los pecadores que para los justos.

No sabemos todavía, sin embargo, si esta cósmica serenidad reinará igualmente de Tejas abajo. Ciertamente no tenemos argumentos suficientes para afirmarlo, pues corren rumores de que San Luis de la Paz, aunque así muy bonito, se ajustaría más a la realidad si solamente se llamara San Luis, y tal vez mejor aún, siguiendo una autorizada opinión, «Infierno de los García».

Pues sí, señores. Es el caso de que en esta fecha San Luis de la Paz celebra su fiesta onomástica. Y digo que San Luis, porque lo celebran los García, todos Luises y al parecer los únicos Luises del lugar. Y son bastantes: Luisa García, Luis Manuel García, Luis Antonio García, José Luis García; para atendernos a la más estricta actualidad, que si nos metemos un poco con los antepasados y los posibles descendientes, tal vez no tuvié-

ramos espacio suficiente en este libro para tantos García, que serían otros tantos Luises.

Es indudable que la emoción fué embargando los ánimos con ritmo acelerado a medida que se iba acercando esta fecha, realmente sonada, en la villa de San Luis de la Paz. Igualmente es lícito y natural suponer que se gastaron no pocos afanes, desde bastantes días, en los preparativos adecuados a este género de solemnidades. Pero nada comparable con el ajetreo del mismo día de la fiesta, en que todo deja de ser una esperanza y ya con los primeros fulgores, empieza a convertirse en realidad, a cuyo interés es imposible sustraerse.

¿Y qué pasa en San Luis?

Hay en la calle de Las Angustias un viejo caserón, con amplia portada, en que aun podrían descubrirse vestigios de abuelo, jardín delantero recatado de las miradas extrañas por altos y recios muros, con su pavimento de bolillo, alguna que otra palmera, y allá por los rincones, flores, hermanas de las flores bravas y salvajes que crecen sin miedo y sin respecto en el monte virgen. Detrás, otro patio, tan grande como un campo sin vallados, con una fuente que vierte incansable sus aguas día y noche y tiene a punto de rebasar el pequeño estanque, en cuyos bordes los fiestos se cuentan por docenas.

Doña Luisa García, feliz moradora de la casona de la calle de Las Angustias, ha sentido muy temprano la emoción del día onomástico y ha saltado de la cama. Sus años no le permiten ya disfrutar de este goloso placer del sueño mañanero, que tan fuertemente sujeta a las sábanas a las gentes jóvenes. Pero es que, aun cuando ahora se hallara en la flor de la edad, tuviera igualmente que abandonar el lecho, pues es sabido que, entre gentes principales, las necesidades se complican con el lujo y que el placer de las riquezas impone el compromiso de compartirlas. ¡Los invitados!

Todavía están cantando los pájaros en los altos árboles, y ya sorprendemos a la respetable señora metida hasta en los más minuciosos afanes domésticos. Ha dado órdenes ¿cómo no? Pero ¡la servidumbre!

Tiene doña Luisa un criado regordete, un mozo de negro bigote, tez curtida, mediana talla y un vientre que promete. Es un hombreccillo tranquilo, poco amante de ratones y fiel servidor

con látigo. Doña Luisa lo sabe y si no se ha colgado a la cintura una pistola de calibre tan grueso como el puro, que siempre lleva en su desdentada boca, si se ayuda en su constante ir y venir y manejar con un bastón, requerido más que por el peso de sus años por la flojiza endémica del mozo, gandulón y olvidadizo.

Estamos en el patio de su casa. En el patio frontero. Hace un momento ha llegado Margarito, el hermano del mozo, que ha traído del campo lo más jugoso para la fiesta, juntamente con los parabienes y felicitaciones de sus gentes; está también doña Luisa y el mozo de negro bigote.

—Pero grandísimo condenado—le dice doña Luisa—. ¿No te dije que quitaras esos tablonos? ¿Y estos canastos que están estorbando en mitad del paso?

El mozo tiene razones para disculparse. Pero nada vale ante la acometividad armada de doña Luisa.

—Anca, Margarito, hijo; aunque estés de visita, ayúdale a este pasquero de tu hermano.

Margarito echa una mano. No ha terminado, sin embargo, de ponerse a la faena, cuando ya han surgido complicaciones violentas entre la señora y el mozo. Este se atolondra, se asusta. Va a retirar los canastos y los deja sin tocar, para irse a los tablonos, que también se quedan en su sitio, porque su calma y sus protestas exasperan a doña Luisa y entra en juego el bastón.

—¡Andele, do prisa!...

Pero no es sólo en el patio. En San Luis se cuidan mucho del esplendor de las fiestas onomásticas y a la solidez de una buena pitanza, suele añadirse el encanto de las flores. El mozo está luchando ahora con un espléndido ramo, que deberá figurar no sabemos si en la mesa o en qué lugar de la casa. Es una verdadera pena que los que se dedican a hacer ramos o a regularlos no tengan en cuenta la capacidad o calibre de los floreros, con qué cuentan los obsequiados. Esta terrible contrariedad le ha salido al paso a nuestro hombrecito. Puja inútilmente, hasta que le sorprende la respetable doña Luisa.

—¡Pero animal! ¿Qué estás haciendo?

—Pues mire usted, ¿yo qué culpa tengo que el florero le venga pequeño al ramo?

—Que el ramo le venga grande al florero—rectifica doña Luisa, enarbolando su ágil bastón.

El mozo no está acostumbrado, al parecer, a este género de emociones familiares, pierde la serenidad y da un golpe con el florero. ¡Entonces!

¡Pero grandísimo tarugo! — Descargando sus iras contra el infeliz hornobrecillo — Un jarrón que era de mi abuela, y que ella había heredado de su abuela.

Y hubiera seguido enumerando una tras otra todas las generaciones de abuelas, si no llegara en ese momento una ilustre representación de las autoridades civiles y eclesiásticas de la villa de San Luis de la Paz.

II

Cuando la buena doña Luisa García dialogaba tan expresivamente con «Pajarotex», que así se llamaba al mozo de negros bigotes, tuvo un recuerdo para sus nietos: Luis Antonio, Luis Manuel y José Luis. Hijos de tres hijos. Únicos los tres, y por consiguiente, primos entre sí. Tres muchachos apuestos. Uno de ellos, Luis Antonio, licenciado en Letras; otro, Luis Manuel, en Derecho; el tercero, José Luis, nada. Un buen muchacho, hasta cierto punto, desde luego, que recibió una original herencia, de la que pronto necesitó consolarse con la constante lectura de libros de última hora, en que la ciencia ha pretendido encontrar claves y normas en el impenetrable misterio del carácter, de la personalidad y hasta del sexo.

Doña Luisa les mencionó, en soliloquio, por sus nombres, en la pendiente de un suspiro; pensó en ellos y volvió a sus atareados quehaceres.

— ¡Qué andarán haciendo! — fue su pregunta llena de preocupaciones.

Naturalmente, preocupaciones de este tipo son normales en cualquier madre o persona que tiene a su custodia y vigilancia a gentes jóvenes. No debería extrañarnos, pues, la inquietud de doña Luisa. Pero, aun cuando se tratara de hombres hechos y derechos, la respetable señora sabía bien con quién se jugaba

los cuartos, y, por consiguiente, cuáles eran sus motivos. Y a fe que semejante estado de espíritu estaba de sobra justificado, porque estos incommensurables tres Luises eran lo bastante para jugarle una mala pasada al propio Lucifer, que se viniera por estos mundos presumiendo lo que fuera.

Y sí, Doña Luisa se preocupaba con razón. ¡Claro que no estaban ociosos sus nietecitos!

Fué en el casino de San Luis, José Luis, aprovechando la solemnidad del día, se dio una vueltecita por el animado lugar. Fué recibido cordialmente por sus primos y no tardaron todos los concurrentes en darse cuenta del afectuoso encuentro. Tuvo la culpa la loción que, para mejor honrar el día, se había mandado poner en la barbería, de donde venía en este momento. ¡Cardenias blancas!

Volaron las sillas por el aire, se estremeció el edificio hasta sus cimientos, el dueño buscó refugio seguro en lo posible debajo de los toneles más voluminosos de su bodega y la puerta fué por unos segundos como el cráter de un volcán.

—¡Los García, los García!...

Y corrían como gamos, tropezándose los unos contra los otros, empujándose, cayéndose y levantándose, hechos una bola humana, apretada y bulliciosa.

—¡Los García, los García!...

Claro está que no se trataba de un reclamo, ni de una nueva marca de específicos de urgencia. Nada de eso, sino de lo que ustedes acaban de leer, de los tres García: Luis Antonio, Luis Manuel y José Luis.

No es fácil rendirse a la evidencia de los hechos cuando éstos parecen rebasar las posibilidades de sus causas y de hecho hay incrédulos, incrédulos o terdos, tal vez. Fué éste el caso de un buen hombre, a quien a primera vista no parecía conmoverle el pánico de los demás. En la puerta del casino se quedó parado, cuando ya parecía que nada podía quedar dentro, rascándose la nuca, con el sombrero de anchas alas caído hacia los ojos, regodeándose en un acto de serenidad y dominio, mientras los demás corrían despavoridos, incluso unos guardias, que habían llegado al percatarse del bullicio. Pero todavía quedaba algo dentro. Una silla, estrellada contra las portezuelas, le hizo comprender que se hallaba en inminente y grave peligro, y se apre-

suró a poner en marcha, velozmente, la máquina de sus emociones, entre las cuales descollaba con mucho el pánico, igual que en cualquiera de los que estuvieron a punto de arrollarlo al salir en masa, como una tromba.

Si nos hubiera sido posible detener a cualquiera de los fugitivos y le preguntáramos qué había pasado, no hubiera sido capaz de respondernos una sola palabra. Es que existe un natural sentido de cautela, que las gentes ya avisadas de anteriores peligros saben ejercitarlo a tiempo, y cuando las circunstancias se repiten, huyen como del rayo. Y los García de San Luis, Garcías de casta, llevan consigo la tempestad, con todo su bagaje de relámpagos, truenos y demás fenómenos alarmantes y mortíferos.

Nada extraño, por tanto, que las autoridades locales, unidas en humanitario consorcio y velando por la tranquilidad del resto de los habitantes, se personaron solemnemente en casa de doña Luisa García, en demanda de ayuda y a prevenirla de que, de no tomar cartas en el asunto, tendrían que recurrir a medios ejemplares y contundentes.

Eran el señor alcalde y el párroco. El alcalde, alto, vestido a la usanza de la tierra. El párroco, más bajo, pero lo que perdía en altura lo compensaba sobradamente en anchuras.

—¿A qué debo el honor de su visita?—pudo preguntarles doña Luisa, aunque ya sabía de sobra que un día tan señalado no vendrían a molestarla para una cosa cualquiera.

—¡Pues mire usted, no más que sus nietos han armado otra! Esto ya no va a poder ser, porque no respetan autoridad de nadie. Voy a tener que encerrarles—dijo el alcalde.

—Pues enciérreles usted—dijo doña Luisa.

—Es que no puedo.

—Pues yo, sí—aseguró la abuela, arrancándole una densa bocanada de humo al grueso puro que apenas se quitó de la boca.

—Mire usted, doña Luisa, que si usted no sujeta a sus nietos, voy a tener que llamar a los federales.

—¡Y para qué vamos a exponer a los federales, señor alcalde!—repuso la abuela, en la seguridad de que sería imposible dominar a sus Luises.

El señor cura hizo un gesto de escándalo, suave escándalo

de hombre comprensivo, al oír las palabras de la señora y le echó en cara que parecía celebrar la rebeldía indomable de los muchachos.

Ella sabía, efectivamente, que sus nietos tenían su geniecito; pero es que no sabían tratarlos. A ella, claro está, que la obedecían y la respetaban, hasta cierto punto, desde luego; pero la respetaban. Habría que saber de qué medios se valía, y pronto tendríamos oportunidad de verlo con toda claridad.

Las autoridades se retiraron moviendo la cabeza, con evidente mal humor y con la más absoluta desconfianza de encontrar solución para este terrible conflicto.

Entretanto, Margarito se había despedido de su hermano para retornar a la hacienda de uno de los señoritos. Una escena ligeramente sentimental entre un muchacho bien parecido, fino de cuerpo y de facciones, con cierto aire de hombre resignado a todo, y otro gordito, en que la naturaleza no extremó sus generosidades. Cada uno con un brazo a la espalda del otro, como lo hicieran dos muchachos en trance de contarse sus culitas amorosas, caminaron unos pasos, que no llegaron hasta las afueras de la población, porque era mucho el quehacer ese día en casa de doña Luisa.

III

La visita de las autoridades a tan temprana hora no intranquilizó a doña Luisa. Y debemos decir que tampoco la sorprendió en atuendo casero, pues cuando los pájaros cantaban todavía en los árboles, saludando al astro rey, ya estaba ataviada íntegramente, con su magnífico vestido negro, erguida, autoritaria, revestida de bellas formas la mata blanca de sus canas. Una señora en toda la palabra.

Sin embargo, tenía que ver inmediatamente a sus nietos, y bien sería matar los dos pájaros de un tiro. Como la vimos en su casa de la calle de Las Angustias entró en casa de uno de sus sobrinos, José Luis.

Es éste un muchacho bien parecido, de no descolante talla y gesto agrio de hombre descontento con su suerte. ¡Y cómo no! Han ocurrido cosas capótes de ponerle los pelos de punta al más sufrido, qué digo los pelos, de enderezarlo los cuernos a un toro. Hagamos un paréntesis.

José Luis es el primo pobre. La vida le ha llevado por un camino espinoso y ha tenido que empeñar los pocos medios con que se encontró en su infancia. ¡Ha caído en manos de usureros, señores! Pero lo que menos se podía pensar es que esos usureros y los que habían de llevarle a su ruina fueran precisamente personas que compartían la generosa sangre de los García, que además era poeta.

Luis Manuel, su primo, buscándole empleo a su dinero, ha prestado a un usurero, que al fin no puede con la carga de su compromiso. Pero éste, a su vez, ha facilitado cantidades a José Luis, que ha hipotecado su hacienda. Una mañana, esa misma mañana le anuncian a Luis Manuel la visita del prestamista.

—¿Cómo dice?—interroga al sirviente que se lo comunica.

—El prestamista.

—¡Aquí no hoy más prestamista que yo!—replica Luis Manuel, intentando sacudirse de encima al impertinente usurero. Pero el judío es astuto y conoce hasta las más secretas aspiraciones de su acreedor. Se introduce hasta él, que se halla en su despacho, vestido a la europea, elegantísimamente, haciendo honor a la solemnidad del día.

—Yo sé que no dispongo de dinero para pagarle, don Luis Manuel; pero si tengo una cosa que a usted le interesará: la hipoteca de su primo José Luis.

—¿A ver?

Hojea los legajos y su rostro pasa rápidamente del gesto iracundo a la alegría sádica del que ha logrado los más halagüeños objetivos de su vida. Se da por suficientemente pagado con aquello, despide al prestamista y prosigue hablando con el criado.

—¡Ahora sí que te tengo entre mis manos!—exclama con júbilo—. ¡Te haré venir a pedirme limosna!...

El criado atiza astutamente la hoguera y los dos se entregan a una alegría, que sólo hace esperar los más repugnantes desafueros contra el primo pobre.

Poco tardó José Luis en tener noticia de cuanto había sucedido con su hipoteca. Fue su criado quien vino a contárselo, porque lo había oído del prestamista.

—¡Mire usted, don José Luis!...

El compungido hombre pasa entre los dedos el ala de su sombrero, haciendo gestos propios de un niño desconsolado. Realmente, las cosas se iban poniendo mal para su señor, su amo, como le dice con expresión cariñosa y fiel.

—¡Y ahora le quitarán la hacienda, mi amo!

—¡Eso será, si yo me dejo!—replica José Luis con ademán poco tranquilizador.

Por momentos parece que va a desencadenarse una nueva tempestad, tal vez la última, porque los odios de la sangre...

—¿Y ahora qué va a hacer, mi amo?

—No sé, Chema.

—Si hiciera usted algo. Mire, no más, qué altero de proposiciones de negocios tiene—señalándole y revolviendo un montón de sobres que hay sobre la mesa de José Luis—; pero usted no hace caso.

—Yo qué voy a hacer, Chema. No tengo dinero. Yo no trabajo para otros...

—Pois, entonces, ándele no más y acepte el dinero que le ofrece su abuela, mi amo.

Pero el amo tiene el pensamiento puesto en otra herida que le sangra, aunque no haya visto todavía hasta dónde llega su profundidad.

—Mira, Chema; vete y dile a Juanita que luego iré a verla. Ahora...

—Pues sabe usted, mi amo, que creo que me voy a ahorrar el viaje—repuso el criado, bajando los ojos, como avergonzado.

—¿Qué hubo?—preguntó José Luis bruscamente.

—Mire, mi amo; yo no quería decírselo... pero es que su primo don Luis Antonio se le madrugó con su novia.

¡Ahí veáis la ira de un hombre, mejor dijéramos de un tigre. Se avalanzó sobre el retrato de Juanita, que tenía colgado en frente, y lo estrelló contra el suelo.

Juanita era una muchacha más bien alta, de formas originales, que recordaban la silueta de un guindo recién plantado. Allí estaba su rostro, desenmarcado y cubierto de trozos del vidrio

que le defendía de las injurias de las moscas y otros insectos, con los ojos entornados, con la mano sobre la mejilla, diríase que llorosa, ante el espectáculo terrible de las iras de todo un José Luis García.

No sabemos lo que pasaba en ese momento por el alma del digno nieto de doña Luisa García. Pero si podemos figurarnos la escena de Juanita y Luis Antonio.

Media mañana, unos sauces llorones, al borde de la arada, ciega de sol. Algo más lejos unos árboles altos, chopos y mimbreras y la escena rota por el ir y venir de la gente trabajadora.

—¿Cómo estás, preciosa?

—¡Y a usted qué le importa!

—Desde que salió el sol...

—Si no más me lo dice por presumir. Pero a mí no me quiere.

—¡Juanita!...

Y con la exclamación un beso. El beso atrevido de un don Juan campero, que colecciona aretes de niñas lindas, o no tan lindas, pero aretes al fin, que irán uniéndose a los que esperan para completar el catálogo.

Juanita se aparta emocionada y es entonces cuando se da cuenta de que ha perdido el pendiente de su oreja izquierda, la misma por donde el apuesto y atrevido don Luis Antonio ha dirigido el ataque. Pero lo da por perdido, nada más.

Luis Antonio responde a sus preguntas ocultando en su boca su amoroso hurto y cuando la muchacha se aleja, recomponiendo sus vestidos, este García entrega a su criado, que le ha contemplado como un paria, entusiasmado con la bravura de su amo, el aro, para que lo una a los demás. El, llamémosle escudero, tiene un recuerdo para otra de las víctimas de Luis Antonio y elogios para la joya.

—Dame la penicilina—le dice a su criado.

Este le da un frasco, que no es precisamente un filtro encantado, ni un medicamento maravilloso; bebida, nada más que bebida y de las fuertes.

—Mientras comamos, bebamos, amenos... manque no trabajemos—dice con el frasco en actitud de brindar, empujando el codo en un trago largo. Después un grito salvaje.

Así ocurrieron las cosas, que José Luis ignoraba por completo hasta que su fiel criado vino o tuvo que contárselo.

Ya he indicado antes que no podemos saber cuáles fueron en ese instante los pensamientos de José Luis y tal vez para llegar a adivinarlos tuviéramos antes que estudiar el almaudo los tigres o de los chacales: eso parecía, con los ojos en llamas, con los labios fruncidos y apretados, crispados los nervios de todo su cuerpo y con los brazos tensos, temblándole los dedos, cual si fuera a saltar sobre la presa.

Estuvo un rato bajo la presión de la ira. Pero ésta fué poco a poco descendiendo para dar paso a una desesperación nostálgica, que sin poderlo remediar movería a compasión.

La casa denotaba, en efecto, que José Luis no era rico. Pobres los muebles y amontonados de mala manera. El con un pantalón negro y una cazadora blanca muy limpia, desabrochada, dejando ver no una camisa más o menos buena, sino la propia piel de su cuerpo. Nada nuevo en aquella morada, salvo los pocos libros, en que tal vez pensara encontrar una reforma de su ser, la combinación de la suerte o, quién sabe si un modo feliz de ser desdichado.

Sentose luego junto a una especie de cómoda, que estaba en mitad de la estancia. Allí le sorprendió la abuela, cuando entró de improviso. Y digo le sorprendió, porque para el muchacho fué sorpresa grande y enojosa que su abuela le encontrara metido en labores muy poco acordes con su sexo. José Luis García estaba remendándose sus calcetines. Menos mal que para salir de un apuro había dejado casualmente sobre el mismo mueble un enjundioso libro que llevaba por título «El desenvolvimiento de la personalidad».

—Buenos días, abuela—saludó el muchacho, adelantándose para darle un beso.

—Doña Luisa le rechazó violentamente.

—Vamos a ver, vibora, ¿qué pasó esta mañana?

—No más que me espanté una mosca—repuso, evidentemente malhumorado, José Luis.

—¿Conque una mosca, ¿eh?

—Pos sí.

De buena gana se quedara José Luis sin decir una sola palabra más de cuanto había ocurrido esa mañana en el casino. Pero doña Luisa no se conformaba con excusas, y después de la visita a primera hora de la mañana, nada menos que del señor

alcalde y del párroco, llevaba el espíritu de sobra dispuesto para ni dejarse engañar ni quedarse sin conocer enteramente lo sucedido.

—Vamos, vamos—le dijo la respetable abuela con un gesto de refinada ironía—, barájemela más despacio.

—Verá usted, abuela—empezó José Luis, hilvanando dificultosamente las palabras—. Esta mañana fui a la barbería. Aprovechando que era tu santo, dije que me dieran una loción—pasándose la mano por la cabeza y dándosela a oler a la abuela—. Después, como era temprano, me di una vueltecita por el casino. Al entrar me di cuenta de que estaba allí Luis Manuel, sentado junto a la puerta, y al otro extremo Luis Antonio. Cuando yo pasé a su lado, Luis Manuel hizo un gesto que a mí no me gustó nada, abuela.

—«Gardenias blancas»—dijo, oliendo el aire con muy mala gracia. Y entonces fui cuando me espantó la moeca. «—Ahorita, gardenias blancas»—le dije, y entonces empezó. Me tiraron una silla y yo se la devolví.

—¿La silla?

—No, abuela. La mesa.

—Válgame Dios. Ustedes no son hombres, no son cristianos, no creen en Dios ni guardan los mandamientos—gritaba doña Luisa, sin saber en sí de ira.

—Yo sí creo, abuela y sí que lo cumplo. Si me dieran una bofetada en un carrillo, volvería el otro, como manda el Evangelio. Pero cuando me dan el hocico, como no tengo más que uno...

—Véngase conmigo—le ordenó la abuela.

José Luis intentó excusarse. Pero con doña Luisa no valían estas artes.

—Andele, ahorita mismo—insistió.

José Luis tuvo que rendirse al argumento convincente del bastón, que la respetable señora esgrimió sin vacilaciones. Tomó el sombrero y se disponía a coger la pistola. Pero esto no le fue permitido.

—Para donde vamos ahora no necesita pistola—y salió razonando, seguida del muchacho, también con cara de pocos amigos.

El día solemne de San Luis exigía la reunión de sus tres

nietos, que deberían festejar con ella la fiesta onomástica. Pocos minutos después hacían su entrada del poeta Luis Manuel, que entre otras manifestaciones de su romántica vida, era, como ya hemos dicho, prestamista.

Llamó doña Luisa. La puerta del despacho estaba cerrada con llave. Al oír Luis Manuel que llamaban, se levantó, sacó la pistola, abrió, poniéndose en guardia. Pero de nada le valieron sus precauciones, pues nada más abrirse la puerta, el bastón de doña Luisa hizo saltar el arma de su mano. Así se halló desarmado frente a su abuela y a su primo, el que por él, según sus proyectos, no tardaría en ir a mendigarle una limosna.

No era, naturalmente, cosa de batirse, sino de dar paso al cariño, en medio de todo cordialísimo que todos sentían por la abuela. Pero tampoco le fueron aceptadas sus caricias. Antes había que poner en claro otras cosas de mayor importancia, que a juicio de la señora eran indispensables para esas veinticuatro horas de vida en común.

Luis Manuel podía suponer, con justas razones, que la abuela estaba enterada de lo que había ocurrido entre ellos y la discusión empezó con las primeras palabras.

—¡Qué le habrá dicho él!... —mirando a su primo, que se hallaba con los brazos cruzados sobre el pecho al lado de su abuela—. Dígame usted a ése que tendrá que devolverme el fondo...

—Y usted le dice a ése—le cortó José Luis, recalcando las palabras con furiosa saña—que yo no le devuelvo nada de lo que me pertenece.

Para qué quisimos oír más. En nada se pusieron al alcance de las manos, y si no llega a estar presente la implacable doña Luisa, poco tardaran las campanas de San Luis en estar tocando a muerto y no quedara sobre la tierra más García que el mujeriego Luis Antonio. Las cosas, sin embargo, no pasaron a mayores. Estaba allí, ya lo hemos dicho, doña Luisa. Con brío y poder insospechado ni en su sexo ni en sus años, los apartó y su bastón se alzó como el arco iris en medio de la tempestad.

Aun no estaba, sin embargo, el cuadro completo. Había que buscar a Luis Antonio y pronto se hallaron reunidos en la casa de ése doña Luisa y los tres primos.

Como sus primos, Luis Antonio tuvo un conato estéril de

afecto para su abuela. Doña Luisa no estaba para manifestaciones de este tipo, porque antes tenía que dejar paso a toda la furia que había ido cargando su corazón desde que amaneció Dios.

No hubo lugar a más discusiones, porque ella se desató en larga sermonata.

—Vergüenza debía darles, que no dejan en paz a nadie. Ni las autoridades respetan...

Reprochó a uno su necia vanidad, al otro su soberbia, al de más allá su desentreno y constante borrachera. Mientras increpa a José Luis, los otros se miran, se hacen muecas y apoyan las razones de la abuela. Cuando le llega el turno a Luis Manuel, José Luis mueve gravemente la cabeza, con cara de escándalo, apoyando también las palabras certeras de doña Luisa. Luis Antonio, que no anda corto en befas, ha levantado el codo y está dándose un «latigazo» de todos los demonios. Doña Luisa lo advierte y con la rapidez del relámpago hace saltar hecho cisco el frasco, que el nieta tiene pegado a la boca. Y entonces es Luis Antonio el blanco de sus iras, echándole en cara, ¿qué, si no las mujeres y el vino?

—Aquellos nietos, que ella ha cuidado con tanto cariño, en quienes ha puesto tantas esperanzas!...

Todavía le queda un vestigio de fe y de esperanza, sin embargo, a la heroica doña Luisa García, cuyos nietos, a pesar de todo, son la gloria de su estirpe.

—No olviden —les advierte— que hoy es mi santo y que deben disponerse para oír la santa misa. Ahora quédense ahí reflexionando.

Vista la actitud de arrepentimiento, que adoptaron los tres primos, podíamos esperar que cumplieran la orden terminante de la abuela y fueran las campanas de la alta torre de San Luis las que les sacaron de sus casas, o de allí, de casa de Luis Antonio. Pero dicen que «genio y figura hasta la sepultura», y los tres García eran ante todo eso, García, hijos de sus padres y herederos de su sangre.

Apenas la abuela hubo pisado la calle, la hoguera se encendió de nuevo. Tuvo la culpa un retrato de Juanita. Lo tenía Luis Antonio, como un trofeo más, entre los muchos que adornaban las paredes de la estancia. Lo vio José Luis y fué como si le

remordieran no ya la herida, sino toda la masa de la sangre. Se fué hacia él, lo miró con desprecio infinito, siempre con su gesto de suprema iracundia y despecho de todas las cosas y lo lanzó. Tan oportunamente, que fué a darle en la espalda a Luis Manuel, que en ese momento abría la puerta para marcharse a su casa.

Se volvió. Luis Antonio relia a mandíbula batiente. La presión de la ira amenazó estallarle las venas y por la vez los tres en acción!

Es difícil describir y contar con exactitud la calidad y cantidad de golpes que se proporcionaron aquí los tres primos, que participaban la irreconciliable enemistad en igual proporción que el parentesco. Golpes de puño, de sillas, de libros, de cuadros y de muebles mayores porque no eran manejables o porque tal vez servían mejor como parapeto.

¿La última? No seamos optimistas, señores. Había peligros mutuos, pero por fortuna estaban lejos de ser definitivos. Los glóbulos de sangre García eran incompatibles, luchaban unos con otros dentro de las venas de cada uno y se unían cuando se hallaban los tres frente a frente, para constituir otros tantos frentes de combate. Pero es también verdad que cuando la totalidad de los García se sentían amenazados por un peligro extraño y común, formaban frente único con la misma irrompible unidad que si se tratara de un solo hombre. Y ¡ahora!

Detrás de los barrotes de una ventana se oyó una voz susurrante y angustiosa, sobresaltada, como un grito al mismo tiempo de auxilio y de advertencia.

—¡¡Los López!!

Era verdad, Los López andaban sueltos: ¡Los terribles López!

Un hombre, un infeliz hombre había muerto, debajo de la paz de unos sauces llorones, a manos de los López. Y había muerto porque aquel anciano era anciano el difunto, un anciano con barbas blancas, como un patriarca chino, no había querido revelarles a los López el paradero de los García, sus mortales enemigos y los únicos sobrevivientes de una guerra empezada hacía muchos años, en que la fortuna fué varia, pero que ahora las fuerzas se equilibraban nuevamente. ¡Los López y los García!

Así lo contó, desollándosele las palabras en el cuello un tes-

tigo de aquel hecho criminal, escondido detrás de uno de los árboles, que si hablaran como los seres humanos, no sabemos si ahora estarían rezando por el venerable viejo muerto de un pistoletazo o estarían arengando a las masas indignadas por tan execrable vilantez.

Huelga decir que la lucha entre los García se interrumpió en el acto y, en buenas composturas, sin palabras, requirieron las pistolas y se pusieron en camino. ¿Hacia dónde?

IV

Hemos visto a los García abandonar la lucha fratricida, pues, aunque la expresión parezca exagerada, no anda lejos de la verdad, y armarse contra el enemigo común. Es lógico que el interés nos lleve a seguirles en el campo de batalla.

Las primeras impresiones nos llevan a la convicción de que cada uno de los García «se ha comprado un cañoncito y opera por su cuenta». Al primero de ellos que vemos en traza de coronar por sí solo tamaña empresa es el huraño José Luis.

Le sorprendemos montado a caballo en las afueras de San Luis de la Paz, dialogando con unos paisanos. Los ha preguntado por los López. El solo nombre de los López ha llenado de espanto a los modestos trabajadores del campo.

—Si algo sabes del paradero de los López—le dice a uno de aquellos hombres—, me lo comunicas a mí.

Naturalmente que se lo comunicarian sin dilaciones, pues de alguna manera habla que librarse de tan dañinos enemigos y, pellejo por pellejo, cada cual querría salvar el suyo. ¡Que se expulsaran los García!

Antes, sin embargo, de alejarse, como a otro Ingenioso Hidalgo, José Luis tenía que verse metido en entada aventura, desde luego, desligada en absoluto de sus objetivos de campaña.

Mientras daba instrucciones a los campesinos, se ha detenido cerca un lujoso coche, ocupado por un hombre rubio, de abultada humanidad, y por una joven también rubia, que parecen

venir de lejanas tierras. Desde luego, desconocidos y desconocedores del lugar. Le han hecho una seña y José Luis, bajándose del caballo, se ha llegado.

—¿Nos haría el favor de indicarnos por dónde se va a San Luis de la Paz?—pregunta la joven, que tiene una voz deliciosa, hermoso rostro y muy finas maneras.

—Pues miren ustedes. Sigán adelante y ahí mismo a la vueltecita...

Le dieron las gracias y él dejó un momento su gesto agrio para sonreír a la bella muchacha.

El hombre se ha conmovido con tanta amabilidad y quiere premiar en el acto la buena obra. Mete mano al bolsillo, saca un billete y se lo ofrece.

—¿Y esto?—pregunta José Luis, extrañado.

—Es una propina—le explica la oven.

En mala hora se les ocurrió semejante cosa. José Luis se ha indignado. Se da cuenta de que le han visto pobre y han querido humillarle.

—Mire—le dice al hombre rubio, con iracundo desprecio—; esto es un billete de veinticinco pesos, ¿no?

El forastero hace un gesto de asentimiento.

—Pues, guárdese y tenga este otro de cincuenta, para que se lo compre de alfalfa—prosiguió José Luis, tirándole el billete al coche sin esperar más razones. Y se alejó.

El hombre y la joven se miraron estupefactos y partieron también, sin decir palabra. ¡Estos mejicanos!

Mientras José Luis recorría el monte, con la esperanza de encontrar al codiciado enemigo, que, desde luego, no se le iba a entregar atado de pies y manos, el hombre y la joven llegaban al pueblo. Nuevamente se detienen a preguntar. Pero esta vez no se encontraron con aquel arisco y soberbio pobretón, que se ofendía por un obsequio hecho con toda la bondad del alma. Tratabase de un apuesto y elegante joven, cuyas amabilidades casi rebasaban los límites de la más exquisita cortesía. Con su traje de la mejor hechura, oscuro con raya blanca, que acreditaban gusto y distinción. Los visitantes ni sabían ni supieron que hablaban con Luis Manuel García.

—Si es tan amable, ¿haría el favor de decirnos dónde queda la calle de Las Angustias

Luis Manuel fué en efecto todo lo amable que puede ser un caballero de su linaje. Tan amable y tan fino que la señorita rubia se quedó extrañada, sobre todo de su atuendo, como pudiera estarlo el más atildado «capitalino».

—¿Le extraña?—ha preguntado Luis Manuel, mirándose él también a sí mismo, en vista de que la joven no aparta los ojos curiosos de su traje.

—Nos hacemos a la idea—explicó ella—de que no vamos a encontrar más que hombres vestidos de charros, con esos trajes tan bonitos...

Debía profesar un gran afecto y admiración a los trajes del país, a juzgar por la expresión de su rostro y de sus ojos.

Luis Manuel se deshizo en explicaciones y tal vez llegara a comprender la extrañeza de los recién llegados. El hombre rubio creyó llegado el momento de emitir su opinión ante las indumentarias regionales, y ni corto ni perezoso dijo:

—A mí también gustar mucho los churros.

—Los charros, papá—rectificó la joven.

—Sí, los charros—quiso enmendar él, con un tono que evidenciaba su origen de allende las fronteras nortefías.

Luis Manuel celebró la suerte de tan feliz encuentro y llevó su gentileza hasta el extremo de no contentarse con señalarles el camino, sino que mandó a uno de los criados, que por allí andaba con unas mulas, a que acompañara a los recién llegados, poniéndole en la mano un billete de cien pesos.

—Ahorita mismo, que meto la bestia—dijo el buen hombre, y corriendo como un loco estuvo dispuesto en unos segundos para guiarles.

Se subió sobre el guardabarros trasero y el coche partió. No sin que Luis Manuel, aprovechando el momento, le extrajera del bolsillo alto de la chaqueta donde se lo había dejado el hombre a medio meter, el billete que hacía unos instantes le había dado. Hizo el pobre un gesto de desilusión, pero el coche se alejaba velozmente.

—Si algo sabes de los López, me lo dices a mí—le había dicho al hombre que se fué en el guardabarros de los forasteros.

Y por cierto que poco más adelante habían de toparse también con el incommensurable Luis Antonio. Fué una fatalidad. Tuvo la culpa un borrico, tendido a todo lo largo en el camino.

No bastaron los bocinazos roncós y a punta de oreja para hacerle moverse. Tuvieron que pararse y forcejear entre todos, el padre de la muchacha y algunos más que por allí había, para apartarle. En esta operación andaban metidos, cuando Luis Antonio, que está, ¡cómo no!, con el frasco de la «penicilina» en la mano, se da cuenta.

—Pero mira lo que tenemos aquí no más—le dijo a su criado, y se fué derecho, sin pararse ni un segundo, a la joven, que observaba, de pie junto a la capota levantada del coche.

—¿Pero qué hace, mi alma?—le dijo, acercándosele hasta el oído—. Si quiere comprar un burro, yo se lo vendo.

La joven aparta el oído e intenta distraerse, pero Luis Antonio acosa.

—Está usted estupenda, mi vida; está usted rifle, está cañón.

Se necesitaba resistencia heroica para no rechazarle violentamente, o reírse ante tales expresiones, dichas con toda la bárbara fuerza de un hombre del temple de Luis Antonio García. Ella optó por reír y se subió al coche sin decir una palabra. El se allegó a la portezuela, sin que nada se lo estorbara, pues se trataba de un coche descubierto. Allí permaneció acodado contemplándola, hasta que el padre de ella, terminada la entadosa faena, volvió al pescante.

—¿Qué?—le dijo Luis Antonio—¿Viene usted de saludar a la familia?

El hombre le contestó con unas palabras españolas, pero con un acento tan marcadamente inglés,* que Luis Antonio creyó que ignoraba en absoluto el castellano.

—Hay, mi alma—volvió a decir la joven—, cuánto siento que no me entiendan, porque le iba a decir a usted que está muy buena, pero requetebuena pa mamá de mis chamacos.

Se alejaron riendo. En realidad no carecían de interés los episodios que acababan de ocurrirles a su entrada en San Luis de la Paz, adonde no les trala otro objeto que felicitar a doña Luisa García, suegra de él y abuela de la joven, y conocer también a sus queridos primos, Luis Manuel, Luis Antonio y José Luis.

Cuando llegaron a la casa de la calle de Las Angustias, doña Luisa se hallaba en la iglesia. Les recibió en su ausencia el hombrécito de negro bigote, que ahora respiraba en paz y se sentía todo un hombre, con sus pujos de señor y todo.

John, que así se llamaba el padre de la joven Lupita, ha saludado. Pregunta por doña Luisa García y en vista de que no está, ordena al criado que baje las maletas del coche.

—No se mande, no más hombre, no se mande — le ataja aquél, que no se aviene a reconocer el señorío de cualquier recién llegado.

Tiene que tomar la palabra Lupita para explicarle que se van a quedar allí y que se hagan cargo de su equipaje. Y sin esperar más explicaciones toma con su padre, a pie, el camino de la Iglesia.

—Anden — ordena ahora, hecho todo un Napoleoncito, el criado a otros sirvientes que andan por allí — ayuden a bajar las petacas del mister. Con cuidado, hombre.

Muy ajena está en el templo doña Luisa a la visita de su yerno y su linda nietecita. Sobre todo porque le preocupa la tardanza de sus tres Luises. ¿Dónde andarán, Dios mío!

En estas meditaciones anda ella, cuando ve allá, junto a la puerta a Luis Antonio. Se inclina, para mirar por encima del arco de las gafas, gruesas gafas de concha, y convencerse de que efectivamente es uno de sus nietos. Le ve hablar misteriosamente con uno de los hombres del pueblo. Y se queda contemplándole.

Luis Antonio está hablando del tema obsesivo, de los López.

—¿Has visto a los López? — le ha preguntado.

El hombre pone una cara larga, en que el pánico se le agolpa de súbito. Desde luego no, y mucho que se alegra de ello, porque los López son un espectáculo bien poco consolador.

—Si te enteras en donde andan, me lo dices a mí, y nada más que a mí. Ni una palabra a mis primos.

—Sí, mi amo. Ni una palabra. ¡Son unos bueyes!

Luis Antonio siente la fuerza de la sangre. Es... Y sin más le suelta una formidable bofetada, que hace rodar por tierra al atrevido.

Es entonces cuando doña Luisa abandona su reclinatorio y se dirige hacia donde se halla su nieto.

—Pero grandísimo condenado, ¿Es que ya ni la casa de Dios respetas?

Luis Antonio cree en Dios, desde luego. Pero... los García están por encima de todos los respetos.

—Insultó a los García, no más, abuela — explicó.

—¿Y le dejaste vivo? — gritó la señora. Y si aquel hombre no se encomienda rápidamente a sus pies, es ella quien acaba con la miserable vida de aquel infeliz.

Luis Antonio estaba disculpado, pues, de su acometividad, y aprovechó el momento para disculparse.

—Mira, abuela. Yo no voy a poder ir a misa. Llevo un asunto muy atravesado...

—De ninguna manera. Lo primero es oír misa. Usted se queda ahora mismo. Y sus negocios quedan para después.

En ese momento llega José Luis. Cuando ve a su primo, baja los ojos y reprime las ganas de hacerle comprender que sus puños son los mejores. Pero no puede gastar energías en vano, cuando son tan necesarias para llevar adelante el exterminio de los López.

—Yo, abuela — se explica, contorsionándose como un niño mal educado — no puedo ir a misa. Unos amigos...

—Nada de amigos — le ataja la señora —. Déjense ustedes de sus cuentos y a misa conmigo, todos juntos.

—Y ese pazguato de Luis Manuel ¿dónde estará ahora! — prosiguió doña Luisa, llena de indignación.

Luis Manuel no tardaría en llegar, también excusándose, porque un negocio...

Fueron inútiles las pretensiones de los García. Tuvieron que plegarse a la inflexible voluntad de la abuela, que no los dejaría seguir sus estrafalarias aventuras.

Estrafalarias, desde luego, porque no sabía ella lo que amenazaba a la estirpe de los García. Más aún, ignoraba lo que estaba ocurriendo en la propia sacristía, cuando ella recorría las cuentas de su rosario y reunía después, a la entrada del templo, a sus ejemplares nietecitos.

¡Señores, pásmense ustedes! ¡Los López!

Si. Habían venido a ver al señor Cura. A saludarle y a entregarle una manda que habían hecho, para salir con éxito en su empresa de acabar hasta con la última gota de sangre de los García.

Tres son también los López. Allí están, hablando con el señor cura, satisfechos, sin llegar a comprender los motivos de indignación del párroco.

—Mire usted, padrecito. Hemos venido a verle — dice uno

de ellos — y a traerle esta manda, que hemos hecho si nos favorecía Dios.

Los tres esbozan tímidamente una sonrisa de satisfacción por la promesa cumplida.

El señor cura destapa los bultos que han traído los López y su sorpresa raya en los límites de la exasperación.

—¡Virgen Santa!—exclama—. Pero si es la imagen de San Javier de Abajo.

—Sí, Padre—explicó otro de los López—. Esa fué la manda, traerlos para acá.

—Y esto, padre—dice el otro, poniéndose delante una casulla—. ¿Ve qué bonito?

—¡Los ornamentos, Dios mío!—exclama de nuevo el señor cura, lleno de asombro, de terror y de indignación al mismo tiempo—. ¡Sacrílegos!

—¿Por qué, padrecito?

—Pues por qué va a ser, porque han robado la casa de Dios.

—También ésta es la casa de Dios, señor cura. Nosotros no hemos hecho más que cambiarlos de lugar.

—Sólo los libra del pecado lo brutos que son. ¿Es que ustedes no comprenden que de nada les sirve, mientras no se quiten esas perversas intenciones? Vayan ahora mismo a San Javier de Abajo y díganle al señor cura que la imagen y sus ornamentos están aquí. Y no se vuelvan a presentar ante mí hasta que no se hayan quitado de la cabeza esos criminales propósitos de matar a los García, pues hasta tanto no les daré mi bendición.

—Haremos todo lo que nos diga, padre—dijo uno de ellos—, pero eso de no matar a los García...

—Son ustedes unos fantoches, unos criminales...

El párroco les afeó su conducta en los términos más severos, desbordándose en epítetos que no se podrían oír sin saltarse todas las barreras del respeto. Pero los López aguantaron sin doblegarse, igual que si se machacara en hierro frío.

—Bueno—volvieron a decir—, puesto que usted nos corrió.

—Yo no les corro a ustedes. Son ustedes mismos los que con su obstinación se cierran las puertas de la misericordia de Dios.

Los López salieron de la sacristía. Pocos segundos después se hallaban a la entrada de la iglesia. Se santiguaron, y al pasar junto a una de las imágenes rezaron fervorosamente:

—... te pedimos muy de corazón que nos ayudes, para matar cuanto antes a los García y ser buenos...

Y se santiguaron con los dedos tocados en los pies de la imagen.

En ese mismo momento entraban los García, acompañando a la abuela.

Ya iban a entrar éstos en la iglesia cuando la abuela les llamó.

—¡Vamos a ver, niños, la artillería!—señalándoles un cajón de una mesa, sobre la cual se había colocado una imagen de la Virgen, adornada con muchos floreros.

Los tres primos sacaron sus pistolas y las fueron dejando uno tras otro en el lugar indicado.

Una pobre mujer pidió entonces una limosna. La abuela dió de nuevo órdenes:

—Garcías, hagan una caridad a esta mujer.

Estaban entregándole unas monedas cuando apareció por una portezuela lateral el señor cura. Su cara de pánico fué indescriptible al ver allí, en tan reducido espacio, a un lado los García, al otro los López. Diríase que Dios, misericórdiosamente, los había cegado, para que mutuamente no se vieran y, cuando hubo pasado el instante de supremo peligro, el piadoso sacerdote elevó los ojos al Cielo en fervorosa acción de gracias al Todopoderoso.

V

La iglesia de San Luis de la Paz es amplia. Aparece adornada copiosamente con flores y se hallan en ella reunidos los fieles, oyendo la santa misa. No quedaba apenas asiento libre. Veíanse, además, formados en coro, un nutrido grupo de niños. Sentada al armonium, doña Luisa. Detrás de ella sus tres nietos, como tres corderitos, con piadoso semblante, siguiendo las ceremonias de los sagrados ritos.

En una festividad tan señalada no podía faltar el sermón, que estuvo a cargo del señor párroco. Su palabra es suave y persuasiva.

—... Guarda tu espada, dijo el Señor a Pedro. Si, mis queridos hermanos. Nosotros debemos guardar nuestras espadas. Nosotros debemos perdonar. ¿No es verdaderamente hermoso perdonar?...

Todos los feligreses se sienten emocionados con las dulces palabras del señor cura y rítmicamente hacen gestos de asentimiento, moviendo sus cabezas, sobre todo los García.

—... ¿Hay algo más hermoso—prosigue—que vivir en paz? ¿Verdad que perdonaremos a nuestros enemigos?

Por inercia los García han dicho que sí. Pero tan pronto como se han dado cuenta del sentido de las palabras del párroco, cambian bruscamente el gesto y niegan, poniéndose serios.

—Por desgracia, amados hijos—continúa el orador—, hay en este rebaño algunas ovejas que no quieren vivir como hermanos... —y se apresuró a terminar el sermón.

Sonando estaba el «Ave María» cuando entraron en el templo John y Lupita. Avanzaron por un lado de la nave, buscando asiento, hasta situarse en primera fila. Lupita se quedó mirando a doña Luisa, que tardó un poco en darse cuenta de su presencia. No así sus nietos, que lo advirtieron al pasar. Sobre todo Luis Antonio, que no esperó a que la música terminara, ni a verse fuera del templo para dirigirle miradas y gestos muy propios de su incorregible donjuanismo, pero impropios de la casa de Dios.

No sabían ellos la sorpresa que les esperaba al terminar la misa.

Efectivamente, cuando se hallaron fuera, doña Luisa llamó a sus nietos y les dijo:

—Vamos a ver: ¿no conocen ustedes a estos señores? Este es su tío, un señor a quien ustedes odian. Y ésta es su prima, a quien ustedes no querían porque era rubia y no había nacido en México y de pequeña llamaban rata blanca.

Lupita se quedó toda sorprendida, oyendo a la abuela. No pensaba, ni por asomo, que sus primos pensarán de esa manera. Pero es que al mismo tiempo reconocía en ellos a los tres muchachos de poco antes.

—Pues yo tenía muchos deseos de conocerles a ustedes—dijo la linda muchacha.

Los García están mudos. No les asoma palabra a los labios

ni gesto agradable a sus caras, en que se reflejan más bien que otra cosa la sorpresa y el arrepentimiento.

—Vamos; pero ¿no dicen nada?—dice la abuela—. Anden, digan algo. ¿Qué va a decir Lupita? ¡Vamos!

—¿Qué hubo?—dijo Luis Antonio, exactamente igual que aquel que sale al ruedo de un empujón inesperado.

—¿Eso es todo lo que se les ocurre?—insiste la abuela.

Pero no hay fuerza humana capaz de sacar a los García de su retraimiento. Tiene doña Luisa que intervenir otra vez para darle un poco de movimiento y de interés a aquel primer encuentro.

—Anda, Lupita, da un abrazo a tus primos.

La escena implicaba sus dificultades, desde luego, y la joven no dejó de sentirse emocionada ante el momento. Pero la emoción de ella no podía compararse con la de sus primos, que se vieron muy cerca de las puertas de la gloria, y sobre todo Luis Antonio acusó la reacción con evidente júbilo.

Lupita abrazó al incorregible don Juan, después a Luis Manuel; pero cuando le llegó el turno a José Luis, éste le volvió la espalda. Estaba herido, profundamente herido, por el gesto que había tenido su tío John, al ofrecerle una propina.

—Sobrino José Luis—explicó John—estar enojado porque ofrecer una propina—y sacando de su bolsillo el billete que antes le había tirado José Luis a la cara para que se lo comiera de alfalfa, se lo devolvió.

—Sus padres—prosiguió John—odiar mí porque casar con su hermana y no asistir mi boda.

No era momento de perder tiempo, y la abuela despidió a sus nietos, recordándoles que ese día les esperaba a comer a las dos en punto. Ellos, que estaban esperando el toque de retirada, tal vez porque los López le traían obsesionados, vieron los cielos abiertos. Tan pronto, pues, como la abuela y los visitantes se despidieron, ellos se fueron de prisa, pero cada uno por su lado, no sin antes acuchillarse con los ojos, cargados de odio irreconciliable.

—Vaya—siguió hablando doña Luisa con John y su nieta—, ¿y cómo han venido sin avisar?

—Lupita dijo querer ver abuela y venir sin esperar ver la vieja.

—Eso de vieja será para usted, viejo zorro—le contestó la abuela, continuando la charla animadamente hasta que se hallaron en el portal de la calle de Las Angustias.

En realidad, faltaba muy poco para la hora de la comida, y los visitantes se entretuvieron en conversar, dedicándose después Lupita y su padre a recorrer la espaciosa casa de doña Luisa.

Cuando se acercó la hora, se dirigieron al comedor. Es éste amplio, precedido de una antesala, especie de zaguán, en que se ven algunas perchas, una pequeña librería y sobre ésta los retratos de los padres de José Luis, Luis Manuel y Luis Antonio, colgados en la pared.

—Ser los padres de los primos—explicaba John a su hija—. Morir los tres, el mismo día. No saber quién matarlos; pero todos creer ser los López. Desde que morir los hijos, doña Luisa vestir de negro.

—¿Y los López?—pregunta Lupita, condolida.

—Los López vestir de rayas—contestó su padre con suficiencia.

—¿Y por qué?—volvió a preguntar Lupita, en un mar de confusiones.

—Porque estar en presidio—concluyó su padre, quedándose muy serio.

En este interesante coloquio se hallaban los recién llegados, cuando hizo su aparición por allí el irreductible José Luis. Entró tieso, colgó su sombrero en una de las perchas, saludó lacónicamente a su tío y a su prima, desde lejos, siguiendo adelante.

—¡Hola, primo! — le contestó Lupita, sonriente—. ¡Qué puntual!

—¿Es que no somos puntuales los mejicanos?—repuso él, igual que si soltara un trabucazo, y se dirigió a la mesa.

Se sentó, sacó del bolsillo un libro, cuyo título «El desenvolvimiento de la personalidad» pudo leer perfectamente la joven, y se entregó a la lectura, comiéndose un plátano que cogió del frutero.

—Ese estar todavía enojado—dijo John.

—Ofendido, papá—rectificó Lupita.

No habían salido todavía de su estupefacción cuando llegó Luis Antonio. Lanzó diestramente el sombrero desde la puerta, que fué a quedar muy bien colocado sobre uno de los árboles

percheros y avanzó resueltamente. Al darse cuenta de que se hallaban allí su tío y su prima, les saludó y se quedó parado junto a ellos, sin saber qué decir.

—¿Qué te pasa, primo?—le preguntó Lupita, al verle cortado.

—No, nada—repuso Luis Antonio—, que hace mucho calor.

Metió la mano en el bolsillo de la guayabera, buscando el pañuelo, para enjugarse la frente sudada; pero, ¡sorpresa!, en vez del pañuelo salió una fina media de gasa...

El sofoco que se llevó el bueno de Luis Antonio le puso más nervioso todavía y se fué hacia la mesa; pero estaba ya sentado José Luis y... prefirió ocupar una de las butacas que había en una rinconada junto al balcón, donde doña Luisa solía sentarse a dialogar con su loro, que estaba ahora encima de su jaula, parado sobre el palo donde éste solía colgarse. Sentía en el alma un insufrible cosquilleo y de buena gana soltara uno de sus estentóreos gritos, esta vez no precisamente de júbilo, sino de ira, de desesperación, a ver si de una vez se espantaban ya. Por fortuna, la entrada de Luis Manuel vino a librarle de su íntima comezón.

Entró el tercer García de muy pintoresca manera. No era, desde luego, desmemoriado el joven poeta, y tenía, por otra parte, muy en cuenta las predilecciones de su prima por lo charro. Había dejado su elegante traje ciudadano y vestía ahora uno charro, en que sobre el fondo negro y brillante de la tela se destacaban los adornos resplandecientes. Diríase que en su confección se habían empleado los elementos de unas ropas de ballarina. Llevaba un ramo de flores e iba sobre todo el florecido de sonrisas.

Saludó, Lupita se quedó poco menos que maravillada, al verle de aquella manera vestido y tuvo los más encendidos elogios. Era lógica la pregunta, y Luis Manuel la satisfizo al instante.

Luis Antonio, que le ha visto entrar, dialoga con el loro, pero dirigiéndole a Luis Manuel miradas, que a éste le hacen maldita la gracia.

—¡Hola, lorito! ¡Pero quién te ha puesto así, mi vida!

—Sí—continúa respondiendo Luis Manuel a las preguntas de su prima—. Este lo llevo a diario.

—¡Lorito precioso, qué hablador eres!...—prosigue Luis An-

tonio, acariciando al loro y mirando a Luis Manuel, aquél a punto de estallar en una carcajada y éste casi decidido a tirarle el ramo de flores a la cabeza.

—¿Y esas flores?—insiste en sus preguntas Lupita.

¡Cielos santos, qué impertinentes se ponen a veces las mujeres! Pero, menos mal que en ese instante llega la abuela:

—Abuelita—saludó Luis Manuel—, aquí tienes tus flores.

—¿Pero de cuándo acá me traes tú flores?—se extraña la respetable señora, con justa razón, pues todo podía ella esperar de sus nietos, menos una atención de este tipo.

Claro, que ella empezaba a comprender que un espíritu nuevo animaba a sus nietos, lo que valía tanto como decir que entre ellos se había planteado una nueva lucha. ¿Más fuerte que el odio contra los López? Sería mucho decir, pero tal vez no fuera temerario considerarlo como posible.

La comida fué como de San Luis, Doña Luisa. A su derecha, Lupita; luego José Luis. A su izquierda, John, después Luis Antonio. Frente a doña Luisa, en el otro extremo, el poeta de los García, Luis Manuel, con todo el brillo de sus ornamentos de fiesta solemnísimos.

La conversación es bastante animada entre los visitantes y doña Luisa. Se recuerdan días del tiempo viejo. Tal vez por momentos se desvelara sobre los comensales una nube de tristeza. Pero luego surge el tema siempre actual.

—¿Tienes novio, Lupita?—pregunta doña Luisa a su nieta—. Porque...

—Novio, lo que se dice novio—explica la linda muchacha—no. Amigos, nada más que amigos; sobre todo entre compañeros de la Universidad.

—¡Ah, sí!, y me lo explico, porque me supongo que tu padre tendrá más de un compromiso con una hija tan bonita.

Ha llegado el momento de los postres. Lupita, que ha conversado sin cesar con la abuela, hace un encendido elogio de las costumbres mejicanas. En especial tiene para ella un interés extraordinario el espíritu alegre y musical de la tierra.

—Debe ser maravilloso—dice—vivir en un pueblo en que todo se dice cantando.

—¿De veras que te gustaría?—pregunta Luis Manuel.

—Naturalmente, primo.

La música, que ha estado amenizando la comida desde el patio, va sosteniendo ahora una canción que parece hecha para el momento:

Cariñito que Dios me ha dado
para quererlo,
cariñito que a mí me quiere
sin interés...

El Cielo me dió un cariño
sin merecerlo,
mirando yo esos ojitos
sabrás quién es.

Con ella no existen penas
que desesperen,
cariño que a mí me quiera
con dulce amor
para ella no existen penas
que me consuela
mirándole a su carita
yo diga a Dios:

¡Ay, qué dichoso soy
cuando la escucho hablar,
con cuánto amor le doy
este cantar!

¡Ay, qué dichoso soy,
con ella soy feliz,
viva mi vida,
mi cariñito,
que tengo!

Mientras ha sonado la música, en la mesa ha reinado el más profundo silencio. Doña Luisa ha vuelto idealmente a los ya lejanos años de su juventud y tal vez ha comprobado con nostalgias que el tronco está ya seco y no sabe la esperanza de nuevos retoños de ilusión. John, cabizbajo, parece oír las graves palabras de un rito sagrado. Lupita, en la riente actualidad de su corazón joven, lleva sus ojos ora lejos, ora cerca, a los rostros de los circunstantes, de sus primos, a quienes mira con cariño de sangre y tal vez con otro cariño, que no acaba de definirse, pero que no parece estar lejos de sus aspiraciones de

mujer. Aunque, al mismo tiempo, el tímido posarse de sus ojos cariciosos revela que en su corazón se alza un sentimiento de temor, ante la brava sangre de estos jóvenes, que parecen más hechos para el odio que para el amor.

Ellos, los tres García, rivalizan en sentimiento. La música es para ellos como una corriente que les arrastra y les va arrancando las más tiernas emociones del profundo de su ser escondido a cuanto sea delicado y presto siempre a la iracundia. Si nos fijamos en los rostros, los tres parecen hallarse en los momentos previos al éxtasis de amor y ya sólo les falta un postrer conato, un impulso último y ya minúsculo para caer en la hipnosis más profunda. Los tres con la mirada fija en la primita, cual si ella fuera el foco de donde mana la fuerza misteriosa y magnética, que da sentido a la música y les atrae y les transfigura. José Luis sobre todo, que para mejor ver a la joven tiene que volverse, se embelesa, se apoya la barbilla en la mano, el codo en la mesa y lentamente se va inclinando, con los ojos dulces, con el alma a punto de irse en emocionadas lágrimas, hasta que el codo resbala y está a punto de perder el equilibrio.

Lupita puede sentirse feliz. Se siente amada. Amada por los tres más bravos y apuestos marcebos de San Luis de la Paz. Tal vez los más bravos y apuestos de todo el territorio mejicano. Y se siente amada por pasión delirante, que ha desterrado de sus pechos todo sentimiento de venganza, quien sabe si hasta el odio eterno a los López. Aunque, de seguro, al mismo tiempo que esta suave, deliciosa y caldeada brisa del amor, en su pecho se incuba un sentimiento de responsabilidad, al considerarse causa de nuevos odios, de nuevos incoercibles anhelos de exterminio, ya que ella, a pesar de la ilusión, del gozo y el renunciamiento que todo amor lleva consigo, es sólo una, y dirá y deseará que el Cielo dirima tal conflicto.

Sirven el café. Lupita se ofrece a servirle azúcar a José Luis. Pero éste rehusa.

—Nosotros—dice enérgicamente—lo tomamos sin azúcar.

El gesto de Luis Antonio y Luis Manuel no es para descrito. ¡Sin azúcar! Y la primera cucharada les arrugó la cara. Pero José Luis permaneció impassible, inalterable, como un risco bajo el azote de los vientos.

La cosa se ponía tétrica de nuevo. Lupita habla. Pero enton-



— Vergüenza debía dar-
les, que no dejan a nadie
en paz.



Pedro Infante, protago-
nista de la película «Los
tres García.»



—Nosotros no hemos hecho más que cambiarlos de lugar.



—¡Pero grandísimo ruego!



La cena transcurrió en un ambiente para no decirlo.



Los tres López acechaban desde las palmeras.



Estuvieron bajo el poder
de los López y sin pisto-
las ...



Los López montaron
nuevamente sus cabalga-
duras.



Desde la puerta desafío
a sus dos primos.



Dicen las gentes que soy
bravero y escandaloso;
escándalo nunca ha sido
cantarle a lo más hermoso.



—Nos hemos reunido en
este lugar para hablar.



La avería del coche fue
la desesperación de doña
Luisa.



Ellos mismos entraron en los calabozos y cerraron las puertas.



Los tres García en su clásica posición.



Los muertos escuchan.



Doña Luisa apesar de su genio hostil era la anciana venerada.

ces se da cuenta de que un perfume raro inunda la sala. Se inclina hacia el primo José Luis y descubre en él la fuente del aroma. Huele con fuerza y con el rostro inundado de infantil alegría dice:

—Gardenias blancas.

Luis Antonio y Luis Manuel hicieron lo que vulgarmente se dice «el sifón» y con una violencia que sólo tenía explicación en la extraña y sorprendente coincidencia de la prima con las palabras de Luis Manuel, que esa misma mañana habían motivado el escándalo del casino.

José Luis, que ha llevado su descortesía e intransigencia hasta el extremo de reprochar en la mesa a su prima de antipatriótica por no haber nacido en Méjico, ser rubia y llamarse Lupe, reacciona de la manera más brusca e incivil. Se pone de pie, lanza llamaradas de los ojos y sale con insultante desenfado. Se vuelve junto a la puerta y dice:

—No son gardenias blancas. —Y cambiando el tono de voz, como si súbitamente sintiera necesidad de dar una explicación, dice—: Son jazmines.

Y se fué.

Al cruzar la pequeña antesala, mira los retratos de su padre en el centro y de sus tíos a los lados. Se cala el sombrero y da la vuelta a los retratos de los tíos, dejándolos cara a la pared. Sale. Da un portazo tan fuerte que todos los comensales se encogen de hombros, como temiendo que la casa entera se les venga encima.

No tardó, sin embargo, en rehacerse la animación, que reinaba en la mesa. Lupita, entristecida momentáneamente por la actitud del que acaba de irse, toma de nuevo la palabra, dirigiéndose a Luis Antonio.

—Oye, primo—lo dice— ¿Cómo es aquello de que «está usted muy buena... requetebuena...»

Luis Antonio, herido por las palabras y el gesto irónico de la prima, que indudablemente quiere sacarle los colores al rostro delante de la abuela, aprieta los dientes, la mira con ojos torvos, ladeando levemente la cabeza.

John ríe con ganas. Doña Luisa parece regodearse en la aco-

quea las cojas, esperando una de las explosiones habituales en Luis Antonio. Pero éste opta por marcharse también.

—Bueno, abuela, yo también tengo que irme. Hasta la noche.

Y se va. Recoge su sombrero, mira los retratos y los encuentra vueltos. Tiene un amago de rabia, los vuelve a poner de frente y da la vuelta al retrato que está en el centro. Pero se había previsto esta maniobra. El retrato del padre de José Luis, tenía doble cara. Entonces Luis Antonio lo descuelga y lo tira entre los objetos que hay sobre la librería. Y también va a descargar su saña contra la puerta. Se da cuenta a tiempo y se dispone a cerrar suavemente. Pero ¿para qué? «Pajarote» entra en ese instante, con un portazo, que a él mismo le deja asustado. En ese caso —debió pensar— yo no soy menos y allá que te va el portazo suyo con más furia.

El hombrecito traía una delicada comisión para doña Luisa:

—El señor cura dice que le diga a usted, sin que se entere nadie, que quiere hablar urgentemente con usted de un asunto grave.

—Pues bien—responde la señora al criado, que le ha dado el mensaje como si fuera para todo el mundo—, dile al señor cura que tiene un mandadero muy bruto.

El hombrecillo se da cuenta entonces de su imprudencia, da un saltito de emoción, leamos más bien susto, y doña Luisa se disculpa.

Luis Manuel, el poeta, se siente en la más afortunada de las oportunidades. Abandona su sitio y va a tomar la silla en que antes se hallaba José Luis, al lado de Lupita.

—¿Quieres servirme un poco de azúcar, prima?

—¿Quieres dos?—le pregunta ella, complaciente.

—¡Tres!—contesta él, a punto de anonadarse de puro feliz.

La joven le sirve tres cucharadas, agita el café y le da a probar con la cuchara.

El inspirado García está próximo a desfallecer. Y... ¡pero el tío!

—¿Usted no duerme la siesta, tío?—le pregunta con evidentes deseos de verse sin testigos, conversando mano a mano con la encantadora prima.

—No, sobrino—contesta John, resueltamente y sonriendo—,

porque no tener tiempo. Además, que el dormir perder mucho ver.

Estaba hecho cisco el poeta. Pero no cabía otra solución que aceptar los hechos como venían.

La atención de los pocos que quedaban ya en la mesa se sintió atraída distancia por el diálogo animado y al parecer misterioso, que sostenían en la sala de entrada doña Luisa y el señor cura. Ellos no pudieron enterarse de lo que allí estaba pasando, aunque les hubiera gustado saberlo, desde luego.

La siniestra figura de los López entraba de nuevo en acción. Ellos eran los que le estaban pintando la preocupación, la angustia, el terror en el rostro al celoso párroco.

—Hay que evitar una catástrofe—decía el sacerdote—. Sí, doña Luisa. Usted debe desarmar a sus nietos.

—¿Usted me da su palabra de desarmar a los López?

—Pues tal vez podría.

—¿Que tal vez podría? No, señor cura, eso no me vale. Ahora es precisamente cuando voy a dejar armados a mis nietos, de día y de noche.

Los esfuerzos del buen cura se iban estrellando en el más rotundo fracaso. Era ya imposible evitar que la sangre inundara de nuevo al desdichado pueblo de San Luis de la Paz. ¿Qué hacer? Meditaba, meditaba, hablando consigo mismo, sin encontrarle un resquicio de luz al cielo cerrado de la segura catástrofe. ¿Tendría también Dios los oídos cerrados a las súplicas de los hombres?

VI

Ha llegado la noche. En casa de doña Luisa García se reúne lo más distinguido de San Luis de la Paz, para ofrecerle en esa fecha el homenaje de su cariño y festejar juntamente con ella las tradicionales solemnidades de la localidad. Hay representaciones de todas las clases sociales. Hemos visto ir y venir afanosamente al señor cura, cuyas vestiduras no son ya la sotana

con que le hemos visto de mañana, sino un grave traje negro y alzacuello, que no rompe, desde luego, en lo más mínimo su porte severo ni desdice de su dignidad sacerdotal. También hemos visto a John y a Lupita compartiendo en la animada reunión. Muchas señoras haciendo la tertulia a doña Luisa, e incontables muchachas, jóvenes y lindas, traídas hasta allí por el esplendor con que en casa de la abuela solían celebrarse estas fiestas, por el respeto que la misma inspiraba a todos los habitantes de San Luis, por los mil compromisos que tenían contrahidos con la casa de más abolengo, y más que nada, porque los García eran la más codiciada presa para el corazón de una mujer. Y ni que decir tiene que entre todos Luis Antonio, el mozo más gallardo, el más fino decidor, el más inspirado don Juan, cuyo arrojo no conocía límites igual que los éxitos con que iba coronando su carrera de conquistador sin rival.

Allá, por detrás de las cabezas de la nutrida concurrencia, se ve asomar discretamente la punta de una batuta, que en sus manos tiene un hombre espiritual y pensativo, de planos carrillos, alta frente y largo rostro, en que un bigote negro rompe la monotonía funeraria, que le está brotando del alma. Sentados, los músicos, felices, afinando sus instrumentos, para dar comienzo dentro de muy poco al lucido baile, en que correrá la alegría, porque habrá licor en abundancia; y detrás de la alegría o quién sabe si delante de ella el amor y la aventura.

De repente, como un huracán, oyóse ruido de música torrencial. Todas las miradas se volvieron hacia la puerta y precediendo a la música, la gallarda figura de Luis Manuel, vistiendo aquel mismo traje charro, que se había captado las simpatías de su joven y encantadora prima.

Venía radiante. Diríase que acababa de salir de un profundo sueño inspirador y que la fama, ya bastante extendida, de sus facultades poéticas iba a quedar allí consagrada para siempre, pasando a la inmortalidad en las páginas de la historia de las bellas letras.

Adelantándose, después de haber detenido el cortejo de la música, hasta el lugar donde su abuela estaba rodeada de otras damas y distinguidos caballeros, repartiendo saludos y sonrisas. Su encumbrada figura irguióse más todavía y tensando las cuer-

des de su garganta inició la declamación de unos versos, descendientes directos de las famosas rimas de Becker.

Volverán las oscuras golondrinas

Mientras el nieto declamaba, cual si en vez de saludar a criatura humana quisiera dejar grabadas sus palabras en el fuego de las estrellas, doña Luisa lo contemplaba embelesada. Resultábale a la respetable señora encantadores los juegos de palabras con que Luis Manuel glosaba sus más puros y fervorosos afectos.

Un aplauso cerrado recibió las últimas inspiradas palabras del joven e inspirado vate, que se inclinó a besar la mano y acariciar el rostro de su abuelita.

Pero todavía andaban los comentarios y las sonrisas alegres revoloteando por la sala cuando se oyó otra tempestad de acompañadas notas, que procedían de otra música numerosa. Era José Luis, que también tributaba fervoroso homenaje a la anciana abuela.

Antes habíamos visto al solícito criado del negro bigote entremetiéndose hasta en los más mínimos detalles de todo, llegando a colmar la impertinencia y suscitar las iras de los temibles nietos. Ahora también se destaca en el cortejo del segundo de los García, como si, efectivamente, le estuvieran encomendadas las delicadas funciones de maestro de ceremonias o de introductor de embajadores. Pero esta vez con peor fortuna. Tanto se allegó a José Luis, cuando éste, después de dejar también en la puerta su banda, se dirigía hacia la abuela, que el nieto se enredó en uno de sus pies y dió cuan largo era en el suelo.

La indignación suscitada de súbito ante el ridículo estuvo a punto de acarrear una catástrofe, pues José Luis amagó golpearle. Pero pudo más la solemnidad del momento y el nieto se allegó hasta doña Luisa y, dejando que se hiciera el silencio, habló así:

—Yo, abuela, no sé hacer versos. Yo no tengo más que mi pobreza y mi cariño. Y como mi pobreza de nada te sirve, pues te ofrezco mi cariño.

—Este es mi José Luis—exclamó doña Luisa, abrazándole

con ternura, al mismo tiempo que las lágrimas le rodaban copiosamente por las mejillas.

Otra vez los aplausos, suscitados no por la elegancia del discurso, que faltaba en absoluto, sino por la sencillez y sinceridad de las palabras con que éste de los nietos hacía patente a su abuela toda la ternura y profundidad de sus afectos.

La emoción fué anegada por la todavía más estrepitosa música de Luis Antonio. Cuando enfilaban la puerta, oyóse un ostentóreo grito, que puso todos los ánimos en tensión. Era inconfundible el tono de la voz, la gracia y desenvoltura del bullanguero Luis Antonio.

No dejó éste la música en la puerta, sino que la hizo desfilar por medio de la concurrencia, hasta hacerla situarse en la rincónada junto a la abuela. Parecía los despojos de una banda militar y de otros diversos elementos, reunidos poco menos que por decreto de movilización general, al objeto de completar sus filas. Nada tan heterogéneo como la vestimenta de aquellos hombres.

Agrupó rápidamente sus gentes, oyéronse unos acordes retumbantes y luego la bien timbrada voz, en una estrofa llena de sentido concebida en estos términos.

Después de una cadencia breve, un repique tenido de tambor sirviendo de fondo a un recitado:

Dicen las gentes que soy
bravero y escandaloso;
escándalo nunca ha sido
cantarle a lo más hermoso.

Otro grito atronador, seguido inmediatamente por la música. Otra estrofa. Otro recitado.

Cuando sonó la última sílaba del último de los recitados, el grito fué más intenso y más profundamente emotivo. Pero la sorpresa de Luis Antonio fué estupenda, al darse cuenta de que aquel grito no brotaba de su garganta.

Lo diremos otra vez, lector: «genio y figura hasta la sepultura». Era doña Luisa, la respetable doña Luisa García, la que arrebatava la ocasión a su nieto y prorumpía en un grito frenético, en que vibraba todo su ser, dando testimonio de que no

sólo ella también era García, sino lo mejor y más bravo de la estirpe.

Luis Antonio la abrazó con todas sus fuerzas, la levantó en sus brazos y dió dos o tres vueltas con ella antes de que tocara nuevamente con los pies en el suelo.

Huelga decir que no hubo en toda esa noche aplauso más cerrado, ni pudo la animada fiesta y el baile tener una introducción más apropiada.

John estaba atónito y Lupita sentía que el corazón se le escapaba del pecho. Habían permanecido junto a la abuela, hasta que terminaron las felicitaciones de los nietos. Ahora se hallan junto a una mesa plétórica de los más variados licores y golosinas. Por cierto, Lupita acababa de unirse a su padre, después de haber conversado con el párroco, que la llevó aparte, para pedirle auxilio en una complicada empresa.

—Mira, hija—le habla dicho—, tienes que ayudarme a desarmar a tus primos.

—¿Y para qué, padre?

—Yo me sé mi cuento, hija mía. Cuando te lo propongo será porque tengo graves razones para ello.

—¿Acaso para que no se les suba a la cabeza lo García?

—Eso mismo, hija!

—Bueno, pues cuente conmigo—asintió la bella Lupita, decidida a contribuir con todas sus fuerzas a desterrar lo García de una fiesta tan simpática.

Luis Manuel llega susurrando como una mosca sobre la miel. El señor cura, que la ha acompañado hasta allí, comprende y se retira. Es preciso iniciar decorosamente el diálogo y de ninguna manera mejor que bailando. El poeta lo estima así. Pero Lupita no puede dejarle irse sin antes disfrutar el ostro poético de su primo. Ella es universitaria y tiene especial predilección por los juegos de ingenio.

—Oye, primo—le ruega—, dime algún verso.

—No, ahora no; luego.

—Ahora mismo—insiste ella con femenina gracia.

John se ha ido hace un momento a hablar con José Luis, que está sentado al fondo, con cara de poquitos o de ningún amigo.

—Bien—concede él—; voy a improvisarte uno. —Alzando los ojos para concentrar la atención. Y comienza:

Yo necesito decirte que te quiero.
Yo necesito decirte que te adoro...

Al oír los primeros versos, Lupita tiene un movimiento de sorpresa, que reprime, y le escucha atentamente hasta el final.

—¿Sabes, primo—le dice, observando todos sus gestos—, que me parece haber leído esos versos en un libro, firmados por Antonio de Acuña?

—Sí—afirma él, quedándose muy serio—, es mi seudónimo.

—Pues no sé si sabrás—interviene el señor Cura, que se hallaba sentado en un diván cercano—que tu seudónimo se suicidó hace cincuenta años.

Lupita rió con todas sus ganas y Luis Manuel se disculpó, avergonzado:

—Mira, primita: eres tan linda y es tanto lo que te quiero, que por no disgustarte fuera capaz de cualquier cosa.

Y para evadirse de los ojos irónicos de la jovencita, se fué hasta el funerario director de la orquesta y le pidió que tocara una pieza, lo más larga posible, que a ser posible durara toda la noche.

Luis Antonio, que ha empezado a cosechar sonrisas insinuantes de toda la juventud femenina de San Luis desde el momento en que hizo su entrada ruidosa, al frente de su música, y ahora se halla asediado en medio de la sala, cuando ve que Luis Manuel se aleja, rompe la barrera de lindos brazos juveniles y se dirige a Lupita, que le recibe con una sonrisa también colmada de irónica intención.

—¡Hola, prima!—le dice él, con gesto de arrepentimiento.

—Cómo envidio tu carácter, primo—comenta ella.

Pero Luis Antonio tiene un pesar, resuena en sus oídos la bocina del coche, recuerda un asno, torpe y horrible asno casi metido debajo de las ruedas y la desbordante fatundia con que agredió a su prima, entonces desconocida, y se disculpa:

—Mira, primita, antes te dije muchas tonterías y hasta que no me prometas que no las tienes en cuenta...

—Naturalmente, primo. Eso no tiene importancia. No más que tienes mucha facilidad para florear, que tienes fuera de quicio a más de una chica, y que...

Las palabras y ademanes de Lupita son tan simpáticos que él

se siente feliz y, puesto que la música está ya invitando a bailar, tiende los brazos y... Pero ¡mala suerte! En ese mismo instante, John, que se ha allegado a hablar con José Luis, que está sentado al fondo, para recabar la paz, viene a pedir auxilio a su hija, ante las duras actitudes del ofendido.

Lupita se disculpa, pues, y se va con su padre.

—Sí; pero me han humillado. Creen que porque uno es pobre...

—Bueno, primo—le dice—, sí, aquello fué una equivocación.

—¿Quieres que me ponga de rodillas a pedirte perdón?

—No es para tanto—responde José Luis, sin cambiar de semblante.

—Anda, vamos a bailar—le invita ella.

José Luis se niega. Pero ante las insistencias de la linda muchacha accede.

Están los dos bailando, cuando Luis Manuel, a quien le ha entretenido una señora, tan ilusionada como los pensamientos, como desesperada de todas las demás cosas, que le pide un autógrafo, llega hasta el lugar donde había dejado a su prima. Allí se queda con los brazos cruzados, con cara de poquitos amigos. Luis Antonio ha ido a situarse junto a la puerta, despechado también por las malas jugadas de la suerte. La danza sigue, contagiando con su ritmo hasta a las lujosas arañas, que penden del techo, iluminando profusamente la sala.

El señor párroco, desde su asiento, hace señas a Lupita. Esta no le entiende y, también por señas, le pide aclaración. El preocupado sacerdote hace ademán de jugar un gatillo y entonces ella comprende. Sí, hay que quitarle la pistola. Y se pone a la obra.

—Creí que no sabías bailar—le dice, para entretenerle.

—Pos...—responde José Luis.

—Pues lo haces muy bien.

—Pos...

—¿Es que no sabes decir más que pos...?

—Pos ya lo ves, prima—responde él con cara agria.

Las manos de Lupita no están quietas. No se da cuenta del ritmo lento, pero va logrando, al parecer, su promesa. Ya ha tocado la pistola de José Luis. Le da un golpecito, diríamos que de cariñosa sorpresa. Pero tiene la funda abrochada y aquello

no se presenta tan fácil. Tanto forcejea que el primo se da cuenta y se pone todo tieso y sorprendido. Ella le baña el rostro con una sonrisa tan soberanamente deliciosa, que el tigre se siente cordero y prosigue bailando, apretándose más hacia ella. Lupita sigue afanosa. El se aprieta más y en un arranque de entusiasmo le da un fuerte pellizco en la espalda. El salto que da la linda muchacha, acompañado de una marcada mueca de dolor es sumamente expresivo. Pero todo acaba en risa y en baile más ceñido. Es entonces cuando el arma sale de la vaina y Lupita se la entrega disimuladamente al párroco, al pasar bailando junto a él.

El agudo cerebro de Luis Manuel ha encontrado una solución. Se adelanta hasta el centro de la sala y dice:

—Señores, este baile es calabaceado.

La suerte, sin embargo, no le sonrió tan pronto. Se adelantó Luis Antonio.

Y para qué vamos a decir lo que la cálida fantasía de este «brevero y escandaloso» García le dijo a su prima. La quería de día, de noche, cuando el sol sale, cuando cantan los pájaros... Lo importante era que la pistola fuera a parar al celoso párroco, y así fué en efecto.

Por fin, le ha llegado el turno a Luis Manuel. Este, poeta, sabe disfrutar más elegantemente de las cosas poéticas, como el amor. Habla menos, pero vive más intensamente. Tanto, que no se da cuenta cómo ha ido escurriéndose suavemente el precioso revólver de su bien adornada funda y también va a parar a manos del cura, que le mete entre su paletó con un gesto serio de satisfacción infinita, al ver logrado desarmar a los tres García.

Era ya, sin embargo, demasiado tiempo sin que surgiera alguna pendencia entre los tres primos. Esta vez tuvo la culpa la mala cabeza de Luis Antonio. Bailaba nuevamente José Luis con su prima. El que ha vuelto a situarse junto a la puerta, donde se hallan los conmutadores de la luz...

¡¡Horror!! sin que nadie se haya dado cuenta, hemos visto a través de los cristales el cañón de una pistola, alzándose, y detrás unos ojos sombríos, espectrales, buscando los puntos de mira. ¡¡Son los López!!

Efectivamente, los tres López, asesinos, salteadores, huidos de la cárcel, cuyos retratos han divulgado las autoridades, y

llenar de pánico a cuantos se enteran de que nuevamente andan sueltos; han caído, con astucia de lobos, entrando por las puertas traseras, sobre la casa de la calle de Las Angustias. Han descabalgado, atado sus caballos en los árboles envueltos en las sombras de la noche, y sus armas infernales van a descargarse traídonamente sobre los García, que les están ofreciendo blanca, desprevénidamente, entregados al placer de la más grata de las solemnidades anuales: el santo de la abuela. Ya se cierra con satánico júbilo el ojo izquierdo del hombre tras la ventana...

Pero el disparo no llega a sembrar el pánico y la desbandada. Luis Antonio, sin poderse contener ya, apaga las luces. La música sigue, pero las parejas se han detenido un instante. Esto le basta. Cuando el hombrecito del negro bigote enciende de nuevo y la danza se ha reanudado, José Luis ve bailando a Luis Antonio. Se siente superior y no da importancia al hecho; pero se vuelve a mirar, y ve que está bailando con nada menos que con Lupita. ¿Cómo ha sido? ¿Y está bailando él? Se detiene, con la sangre ardiendo, y empieza a volverse poco a poco hacia su pareja. Temía, pero la sorpresa fué superior a sus temores. Tratabase de una mujer, que carecía de todos los encantos de su sexo, pero sí tenía todos los horrores de la serpiente. Vieja, flaca, bigotuda y... no digamos más. El dió un salto y se alejó.

José Luis no podía dejar aquello así. Ni Luis Manuel. Este toca en el hombro a Luis Antonio, le retira y baila con Lupita. A los dos pasos para la música, José Luis aprovecha el momento, se mete por medio e intenta seguir bailando con su prima.

Aquello, señores, ya era demasiado. Lo García salió a relucir y en un instante de relámpago se producía el escándalo. Golpes, empujones... Menos mal que se hallaba cerca doña Luisa. Ella tenía la virtud de hacerse respetar, gracias a su ágil bastón, desde luego. Se metió por medio y en nada aquellos leones se quedaron quietos. Pero había que evitar un nuevo escándalo. Poco importaba saber quién había sido el causante. Por ello, mandó al primero que se le ocurrió que se fuera al jardín. ¡Pobre Luis Antonio!

No se fué solo, sin embargo. Desde la puerta desafió a sus otros dos primos, que buscaron otras salidas.

—Ven, Lupita—dijo doña Luisa a su nieta—, que te voy a presentar a unos señores. No le hagas caso a esos bribones.

Estaba tranquila doña Luisa, en medio de todo. Y sus nietos también. Eran cosas de la sangre. Sus padres habían sido así y no había remedio. Pero fuera las cosas ocurrían de muy distinta manera. Doña Luisa deja a su nieta en buena compañía y sale a darle una buena reprimenda a Luis Antonio. Cuando este siente a la puerta, alza una franca descomunal, que allí encontró y descargó el golpe. Menos mal que pudo darse cuenta a tiempo de que no era ninguno de sus primos, sino la propia abuela, y detuvo la estaca. Se ganó, desde luego, los más duros reproches de doña Luisa, que se volvió satisfecha, ajena por completo al peligro en que dejaba a sus nietecitos.

Cuando Luis Antonio salió, vimos otra vez la pistola de uno de los López, apuntándole a menos de dos metros de distancia, desde las sombras. Extrañaba a los otros que el afortunado López no hiciera fuego, y desde su escondite le requirieron para que disparara. Pero aquél les hizo señas de que había que coger a los tres. Y los tuvieron en seguida en sus manos, pues llegaron, como perros rabiosos, en busca de Luis Antonio, para dirimir en la noche, ante el pavor de las estrellas, al son de la música que hasta allí llegaba desde dentro, de una vez para siempre este ya insufrible problema de sangre.

¡¡Infelices!!

Los López les encañonaron. Fué en vano que Luis Antonio, viendo la sangre en peligro, creyéndose en mejor posición, quisiera lanzarse al ataque. El López que tenía detrás le puso el cañón a la espalda.

Inermes, se vieron enfilados ante los López.

—Anden—les dicen éstos—, encomiéndose a Dios, que ya bien poco les queda.

No es para descrita la furia, las llamaradas de odio que mutuamente se lanzaron los eternos enemigos. Unos armados, con las pistolas dispuestas a descargarse sobre sus rivales; los otros impotentes para defenderse, confiados únicamente a merced de la suerte, tal vez a la fuerza de sus puños... Pero era inútil. Ellos mismos se sentían ante la evidencia de su fin.

Si existen la inspiración y el presentimiento, nunca, sin embargo, llegaron más a punto, ni prestaron mejor servicio a la bizarra estirpe de los García que en esta oportunidad. El párroco salía en ese instante, disparado como una flecha.

—¡Alto! ¡Detenganse los López! Los García están desarmados y no pueden disparar contra ellos.

Los López se miraron unos a otros, con el decidido propósito de no doblegarse ni ante nada ni ante nadie.

—No cometerán ustedes semejante villanía de asesinar a unos hombres indefensos—segua arrojándoles el cura.

Los López montan los gatillos y ya...

El cura entonces adelante, se sitúa entre los dos bandos, extiende sus brazos y grita:

—Disparen; disparen contra ellos. Contra ellos y contra mí también. Así darán más claro testimonio de que son unos asesinos cobardes y villanos.

Los López se quedaron quietos. En sus ojos ardía la ira, en lucha con los escasos sentimientos no de humanidad, que jamás la conocieron, sino de pundonor, que hasta en las fieras parece manifestarse algunas veces.

—Bueno, padrecito—dijeron al fin—. Por hoy vamos a dejarlo. Pero ya nos veremos, ahí no más. A ver si no esconden las pistolas.

—Cuando quieran y como quieran—responden los García—. Nos sobran las pistolas.

Los López montaron nuevamente sus cabalgaduras y se alejaron con la convicción de que habían desperdiciado la mejor de las ocasiones, aunque no era la única. Mañana se verían y ya sabían dónde. Para allá les emplazaron.

El párroco volvió a la fiesta con los García. Estos estaban preocupados por una sola cosa. No precisamente el miedo, ni el susto de verse encañonados por los López. Sino de cómo les habían sido quitadas las pistolas.

—¿Y cómo se arregló, padre, para quitarnos las pistolas?—preguntó Luis Antonio.

—¿Yo? ¿Cómo les iba a desarmar yo?—se extrañó el sacerdote—. Eso no pueda ser más que obra de manos femeninas.

Comprendieron. Tenían un enemigo en casa, tal vez, y... ¿había que quitárselo de en medio?

Terrible era atentar así contra la seguridad de los García, y si no fuera porque es malo adelantarse a los acontecimientos, daríamos rienda suelta a la fantasía. Esperemos.

VII

Las fiestas de San Luis no caben en las veinticuatro horas de un solo día, ni pueden reducirse a una misa y un baile. Esto es nada más que el comienzo.

Ahora nos hallamos en la tarde sofocante, ante una gran plaza de toros. Hay público para llenar completamente el graderío e incluso los muros y techados. Preside esa exhibición, con que obsequia a sus numerosas amistades, doña Luisa García. A su derecha, John; a su izquierda, Lupita. También está allí el alcalde y otras autoridades.

Están en el ruedo ¿quienes sino los tres García? Nadie hay quien pueda competir con ellos en arrojo, valentía, destreza e inagotable resistencia y tesón. La sola sospecha de que alguien se atreviera a ponerse a su lado sería bastante para atraerse las iras conjuntas de los tres primos, lo que equivaldría a ponerse precipitadamente en camino del otro mundo. Quieren reservarse la gloria de competir entre sí y, en efecto, se hallan empeñados en la más denodada de las disputas, para hacerse acreedor al que más pueda al único galardón de la tarde: una medalla de oro, que deberá colgarse al pecho del más diestro.

Han jugado el lazo con tal destreza, que no parece obra de cristianos, sino de propios espíritus infernales. Luego han tumbado cada uno un caballo a toda carrera, echándole el lazo a las patas delanteras y sujetándolo con el peso muerto de su cuerpo, que es arrastrado por las bestias entre ingentes polvaredas. Y nada es bastante para decidir. Es preciso recurrir a otra prueba. Se manda sacar un piño de caballos, para que realicen la difícil proeza de pasarse de una a otra bestia, en pelo y a toda velocidad.

La cosa reviste no pocas dificultades, aun para un García de San Luis. Pero Luis Antonio tiene un arranque de valor temerario y, tal vez ebrio de emoción, ante las salvas de aplausos con que el público acogió cada una de las anteriores pruebas, acaso temeroso de que tampoco esta prueba fuera definitiva o quién sabe si picado en su amor propio, manifestó que bien, pero que él lo haría con los ojos vendados.

¡Estupor! Doña Luisa grita, los circustantes se quedan en

suspenso y palidecen, el alcalde quiere tomar cartas en el asunto, para impedir tal alarde de temeridad. Pero no hay lugar. El pregonero, inspiradísimo y con delirante exaltación, vocea a golpe de clarín que la prueba será realizada por Luis Antonio con los ojos tapados.

Luis Manuel y José Luis no toleran semejante insulto y piden que también se les traigan vendas para ellos. El pregonero amplía su rimado mensaje, y a poco, como una tromba, salen por las puertas de los corrales dos caballos sueltos, en uno de ellos montado Luis Antonio, con los ojos cubiertos, y detrás varios jinetes arreándolos a fuerza de trallazos. Y luego Luis Manuel. Inmediatamente José Luis.

En estas hazañas andan metidos los García cuando hacen de nuevo su aparición los terribles López. Acarician sus armas, se reparten el terreno y atechan la ocasión de asestar el golpe definitivo a la horrible casta. Van, vienen, otean, susurran entre sí, mientras sus bestias descansan, más que del peso de los cuerpos, de la carga insostenible de iniquidad de los corazones de sus amos. Pero advierten un detalle bien poco tranquilizador para unos huidos de la cárcel. Por la parte posterior de la plaza se han situado varios guardias federales, hechos venir por el celoso y previsor cura, que en vista del reto de los López en la noche anterior, en el jardín de doña Luisa, espera que haya de haber una batalla campal. Nada de ello llega a tener lugar, pues los López ponen pies en polvorosa, no sin antes haberse puesto de acuerdo sobre dónde les van a armar la encerrona definitiva.

El jefe de la fuerza pide explicaciones al pobre señor cura, que no se explica que unos hombres tan puntuales como los López no hayan concurrido a la cita.

En la presidencia del festejo se ha librado, aunque de muy distinta índole, una batalla entre doña Luisa y su nieta. Es preciso galardonar a uno de los primos. Lupita sabe, ¡naturalmente que lo sabe, su corazón se lo está gritando!, quién es el ganador. Pero la abuela, que sabe mejor el terreno que pisa, no quiere hacer distinciones de ningún género.

—Pero mire, abuelita, es que en...

—Los tres—destacando tres dedos de su mano derecha, para mejor convencer a Lupita.

Esta, por fin, se decide a otorgar ella el premio. Se levanta y

se dirige a los tres primos, que se han subido al graderío y esperan el fallo, para incorporarse al resto de los allí presentes. Pero, cuando ya está frente a ellos, vacila y haciéndoles juntarse, ciñe simultáneamente al cuello de los tres la larga cinta, que ya a propósito se había puesto a la medalla. Y se retiró de prisa.

Se aplaudió la feliz ocurrencia por todos, menos por sus primos, pues les dolió como la sal en una herida recién abierta.

Luis Manuel propuso una prueba más. El torcía una tennera, a ver si aquellos tarugos de sus primos se atrevían a hacer otro tanto. Y se lanzó al ruedo, requirió el capote y mandó que le soltaran el animal. Pero Luis Antonio se la había jugado de lo lindo. Cuando conoció su propósito, llamó a uno de los criados y le ordenó terminantemente que le echara una vaquilla en toda forma. Resistióse el criado, porque aquello era criminal. Pero el código de los García era sumarisimo y no tuvo más remedio que plegarse a la voluntad de su amo.

¿Dónde te has metido, Luis Manuel García? Cuando la vaquilla, tan alta como las barreras, salió a la plaza, con furia infernal, se pone pálido, siente que el cuello de la camisa le oprime y tiende los ojos en torno como un cordero con la impresión del cuchillo en la garganta. Le tiemblan las manos, las piernas y la voz se le resiste. Pero advierte algo que le llena de la más tremenda indignación. Luis Antonio está en la barrera, retorciéndose en la carcajada más estruendosa, más desencadenada y frenética que haya salido jamás de su vigoroso cuerpo. ¡Es insufrible!

No sabía, sin embargo, el ingenioso y vivo Luis Antonio que aun queda otro García, cuyas ocurrencias no son más cortas que las suyas, José Luis, a quien vemos arriba, mirando despectivamente a todo el mundo, apoyado en uno de los postes del tochedo, junto al pregonero, a quien le ha dicho que aquella res será lidiada mano a mano por Luis Manuel y Luis Antonio García.

Para qué quiso más el pregonero. Lanzó al aire su voz, ya ahogada por el francés, sin reparar en gruesos ruidos y despiam de un estridente toque de clarín.

La carcajada de Luis Antonio paró en seco. Volvió las lanzas de sus ojos contra el impertinente y, empujado por los delirantes aplausos, no tuvo más remedio que lanzarse al ruedo.

Indudablemente los tres García se estaban acuchillando por

la espalda. Lupita no puede consentir tamaños desafueros y se dirige a José Luis, que baja solemnemente hacia la barrera.

—Puedes estarte tranquilo—le dice, indignada—. Claro, es muy bonito meter a los demás en el peligro para contemplarlos desde la barrera.

Pero ignoraba la primita que a un García no se le puede sacar los colores al rostro así como así. La miró con desprecio, se ajustó el fiador del ancho sombrero y sin decir palabra saltó también al ruedo, dispuesto a demostrar a la candorosa damisela que aquello era no más que un juego de niños.

Doña Luisa grita que retiren la vaquilla. Llorá más que de pánico de indignación. Lupita se desespera. John, serio, parece estar presintiendo la catástrofe. Nada, sin embargo, puede contener a los García. Morirán, si es preciso, pero ninguno echará pie atrás.

Luis Manuel sale del burladero. Cita a la res. Le tiembla la barbilla, las palabras se le escapan, se demuda y la garganta se le va secando por instantes. La bestia se cuadra, embiste. No sabemos de qué invisible estrella colgó la mirada el infortunado poeta, cuando vió que la vaquilla enarbolaba los afilados cuernos y arremete...

Pero ¡cielos!, el pase se ha logrado. Recuperó algo de su sangre, se envalentona y corona la suerte, que es acogida con un aplauso cerrado, precedido de ¡olé! y otras expresiones jubilosas, que el entusiasmo va arrancándole de los más escondidos rincones del alma a todos los espectadores, incluso a Lupita y a doña Luisa, que están ahora en el desbordamiento máximo de la felicidad.

Si elegante y valiente fue la exhibición de Luis Manuel, la de Luis Antonio no lo fue menos. Toreó como un maestro, estrechando las suertes y derrochando un arte que hacía venirse abajo los tablados. Terminados los lances, se quedó erguido, saludando sombrero en mano a la multitud sumida en el delirio.

¿Y José Luis? Son vanos los elogios. Con el fiador sujeto por debajo del labio inferior, tieso, con el duro gesto que le es peculiar, despreciando olímpicamente cuanto le rodea, cita a la bestia.

—¡Torhó?... ¡¡Torhhooo!!—se le oye, batiendo el trapo con valentía, con garbo, con el más refinado estilo toreril. La res se

retras. El la cita con más decidido empeño. Se cuadra el animal. El vuelve al acoso, rodilla en tierra. Un pase. Un ¡¡Ole!! Otro pase más ceñido. Más aclamaciones entusiastas.

—¡¡Tohhrooo!!... ¡¡Olehh!!

La suerte no quiso decidir esa tarde. Y ¿qué iba a decidir? ¿Un trozo de metal? Demasiado poco para los García. Había otra cuestión mucho más interesante en litigio. Más importante aun que el fantasmal problema de los López. Tanto que, en la imposibilidad de resolverla ante los vivos, los García se citaron ante el tribunal de los muertos.

Es de noche. Los lobos aullan en los vecinos montes. La luz pobre y triste de un farol nos permite ver a los tres García ante las tumbas de sus padres.

—Nos hemos reunido en este lugar—dice Luis Manuel—para hablar.

—Aquí no hay nada que hablar—replica José Luis.

Luis Antonio tiene también impulsivas razones. Pero Luis Manuel advierte que no han ido a discutir, que él no quiere discutir. Hay que resolver una cuestión: Lupita. El la quiere. Pero también la quiere Luis Antonio. También José Luis. Y todos la quieren más que nadie.

—Discutan ustedes, si quieren—dice Luis Manuel, en vista de que no hay modo de poner nada en claro.

Pero José Luis le afaja:

—Muy bonito. Mátense ustedes, si quieren, y así yo me quedaré sólo con ella. Eso no.

Naturalmente que no. Estamos a punto de verles agarrando cada uno una cruz y... Nada de eso llega, sin embargo. Luis Manuel ha emprendido el camino de la razón y tiene una idea.

—¡Hombre!—dice, reflexionando—, estamos peleándonos por Lupita, ¿y ella?

—Pos, claro—asiente Luis Antonio.

—Pos, sí—confirma José Luis.

Quédese el cementerio con su tétrica música de lobos, sus cruces y su enlutada paz, bajo el temblor de las estrellas. Lupita se vería pronto en el más arduo trance.

Tres cartas ha encontrado. Tres formales declaraciones de amor. Tres propuestas de matrimonio. Tres hombres: Luis Manuel, José Luis, Luis Antonio.

En la soledad de su alcoba, cuando el sueño la invita desde el lecho confortable y todo es calma en la casa de la calle de Las Angustias, después de la más desenfundada orgía de heroísmo, cuando el amor es más bello e incitante, Lupita repasa las tres cartas.

Los tres la aman. Los tres le cuentan el secreto fuego, que les está devorando las entrañas. Y le cuentan lo que son, lo que piensan, lo que tienen.

Luis Manuel: su amor y su dinero. José Luis: su amor y sus brazos. Luis Antonio: su amor y su amor, que esa noche, cuando venga a verla, a contemplarla desde el jardín florido, espera ansiosamente el sí o el no, que ha de ser el comienzo de la felicidad.

Es terrible enfrentarse sola con tanto amor. Lupita se dirige a la alcoba de su abuelita, en quien espera encontrar seguro consejo, porque ella... ¿cómo no lo va a saber ella? Pero...

—Sí, hijita—le dice doña Luisa, que ya está metida en su lecho—. ¿Y qué quieres que yo te diga?

—Yo que me sentía tan feliz y ni siquiera pensaba que podría surgir tal conflicto. Estoy pensando que lo mejor sería marcharme lejos, sin que ninguno de ellos supiera nada.

—Qué quieres que te diga, hija—meditando—. ¿Sabes que me parece la mejor solución?

—Bueno, pues entonces vaya usted a decirse lo a papá, mientras yo preparo las maletas.

—Sí. Vete en paz y no tardes.

Lupita llegó a su cuarto consternada. Sacó inmediatamente sus ropas y se puso a preparar el equipaje, después de vestirse para partir. Pero no había pasado mucho cuando en el patio, donde antes cantaba nada más que la fuente y las flores dormían en los innumerables fiéstos, se oyó música de muchos instrumentos, como una riada que le inundara gratamente los oídos. Y luego una voz, la de Luis Manuel, entonando con brío:

Al pie de tu ventana,
cielito lindo,
me tienes preso.
Con la aurora temprana,
cielito lindo,
mándame un beso.

¡Ay, ay, ay, ay!
Mándame un beso.
Con un beso me conformo,
cielito lindo,
sólo con eso.

Todavía no se perdían en la noche los dulces ecos de la canción de Luis Manuel, cuando se oía otra banda y otra voz tanto o más impetuosa: José Luis:

Una flecha en el aire,
cielito lindo,
tiró Cupido.
El la tiró jugando,
cielito lindo,
y a mí me ha herido.
¡Ay, ay, ay, ay!
Sangré la herida,
que si tú no la curas,
cielito lindo,
pierdo la vida.

Lupita ha oído y distinguido perfectamente las voces de sus primos y el rostro se le ha inundado de beatífica sonrisa. Alza los ojos, deja escapar un suspiro y se apresura a terminar. Pero es difícil para un corazón de mujer substraerse al encanto de las voces enamoradas. Sobre todo en este instante, en que un cortejo más ruidoso viene a sumarse a la serenata: Luis Antonio entra con su banda, pasa por delante de sus primos, se sitúa en medio y entona:

Si alguna duda tienes
de mi pasión,
abre con un cuchillo,
cielito lindo,
mi corazón.
¡Ay, ay, ay, ay!
Pero con tiento.
Házmelo con cuidado,
cielito lindo,
que estás tú dentro.

José Luis siente en lo más vivo las palabras de Luis Antonio y se dispara en otra estrofa:

Este corazón mío,
cielito lindo,
yo te lo entrego,
yo que tanto te quiero,
cielito lindo,
vente conmigo.
¡Ay, ay, ay, ay!
Lejos conmigo,
sólo los dos juntitos,
cielito lindo,
Dios por testigo.

Luis Antonio no le deja respirar. Es el duelo del amor. El más terrible de los duelos y en el mejor de los campos. ¡Amor y música!

Toma mi vida,
no me importa la vida,
si no me quieres,
prenda querida.

También el poeta Luis Manuel tiene su empeño y no puede permanecer mudo. Canta, y canta con toda la fuerza de sus pulmones, con todo el brio de sus nervios heridos. Diríase que ninguno de ellos va a darse por vencido mientras brillen las estrellas en el cielo y que sólo esperan que llegue el alba para encomendar la cuestión a la violencia de las armas. Luis Manuel también canta, abriendo brecha en el denodado duelo:

Ese lunar que tienes,
cielito lindo,
junto a la boca,
dámelo con cariño,
cielito lindo,
yo te lo pido.

Y otra vez José Luis:

Arbol de la esperanza
mantente firme,
que no lloren tus ojos,
cielito lindo,
al verte herirme.
¡Ay, ay, ay, ay!
Canta y no llores,
juntos los dos solitos,
cielito lindo,
Dios por testigo.

Las voces se han mezclado, también las músicas. Han temblado de gozosa emoción los árboles, hasta las estrellas. Lupita también ha temblado, ha sentido un estremecimiento desconocido hasta aquella fecha. Pero todo debía ser un bello sueño. Cuando era más bella la sinfonia improvisada por tres amores en pugna, entró la abuelita:

—Andale, de prisa—le dijo—; que ya la están esperando.

Las despedidas son a veces así. Precipitadas, violentas. La suya no podía parecerse más a la de un fugitivo. Mientras su padre en la carretera pisa el acelerador, con miedo tal vez de sentir los caballos más veloces que el viento de los García, descolgándose por los cerros pedregosos y polvorientos, para rescatar a la codiciada presa, la consuela.

—Ha sido una aventura y nada más—dice a su hija.

Pero ella llora. Más que por ella lo siente por la abuelita, a quien los nietos traen martirizada con sus cuestiones.

«Sí, la abuelita...»—parece decir John, para sus adentros, pues, después de todo, su hija es mujer y él conoce el corazón de las mujeres.

Mientras el coche rueda, alejándose cada vez más de San Luis, los últimos acordes de las bien concertadas músicas dejan paso al aplauso, un solo aplauso, que viene desde el corredor alto.

¿Lupita? No, señores, Lupita está o va llorando, carretera adelante. Es doña Luisa.

—Bien, muchachos—dice a sus nietos—. ¡Qué bonito cantan! Muchas gracias por la música.

—La música no era para usted, abuela—explicó Luis Manuel.

—Pues como yo soy la única mujer que hay en la casa, creí que era para mí.

—¿Y Lupita?—preguntó José Luis.

—¡Ay, hijos! Espantaron la paloma. No se puede ser así tan... tarugos.

La señora se metió en la alcoba. Los rostros de los García volvieron a su agrio gesto. Se miraron unos a otros.

—¡Pos qué!—dijo José Luis.

—¡A volar!—ordenó Luis Antonio a las orquestas.

—¿Y ahora?—preguntó Luis Manuel.

—Pos...—exclamó José Luis—. ¡Tres Garcías somos demasiados!

—¡Pos a ver qué!—dijo Luis Antonio, adelantándose.

Luis Manuel tiró el sarape, que completaba su indumentaria charra. La lucha estaba planteada.

—Empleza tú—desafió Luis Antonio a José Luis.

—Tú primero—le replicó.

Salieron a relucir las pistolas. Ya crujen los gatillos. En eso asoma doña Luisa por el corredor alto.

—Anden, mátense ya—exclamaba furiosa la abuela—. Disparen. ¿Qué esperan? A ver si de una vez acaban.

La tensión de los espíritus sube por instantes. Los nervios se tensan, los dedos se crispan. Los ojos están clavados, firmes, infernales. Ya se levantan los gatillos y los cañones amenazan con los proyectiles, prestos a salir de su entraña negra. Son momentos de vacilación suprema, de saña incómensurable y de miedo tan grande como la saña. ¿Miedo a qué? Morir es renunciar a todo. Pero a los García les da dolor jese es su miedo! de renunciar a una sola cosa: Lupita. Se morirían por la encantadora primita. Han pretendido que lo decidiera la destreza. Desafiaron luego el peligro. Retaron a la muerte en los cuernos de una res indomable. Los mismos difuntos carecieron de poder para llevarles a una solución pacífica del tremendo problema. Es necesario, es inevitable batirse. Y allí están, frente a frente. Los tres, que vale tanto como decir tres enemigos, tres odios irreconciliables, tres focos de muerte.

José Luis no puede más. Arroja la pistola en un gesto de desolación, que parece un amago de locura:

—No puedo—exclama—; disparad vosotros si queréis.

Pero no. Los García no acostumbra a llevar ventajas; no las aceptan jamás. Luis Manuel y Luis Antonio, pues, tiran también las armas. La cuestión va a resolverse por medios menos eficaces y rápidos, pero no por eso más blandos y con menos intenciones de exterminio.

—Tres Garcías son demasiados Garcías—ha dicho uno de ellos y el reto es contundente, definitivo.

Un sentimiento elemental de humanidad nos aconsejaría guardar silencio sobre lo que empezó a ocurrir desde ese momento en el jardín de doña Luisa. Las estrellas bien agradecerían unas nubes protectoras, que quitaran de su vista tamaño espectáculo de irreductible odio y saña insólita.

¿Quién luchaba contra quién? Los tres contra los tres. Enemigos por igual, sañudos por igual; igualmente temerarios, no menos criminal y bárbaro uno de ellos que cualquiera de los otros.

No se perdió golpe ni se escatimó medio de abatir al adversario. Tan pronto en pie como en tierra, los tres dan y reciben. Luis Antonio a Luis Manuel, José Luis a Luis Antonio... Pero quien más queda por el polvo es José Luis, que llega siempre a punto para encontrarse con un puño libre.

Doña Luisa no sufre presenciar desde lejos el tremendo combate. La vemos aparecer entre las columnas del corredor bajo, con un largo abrigo sobre el camión, con el gorro de dormir, en una mano el bastón, en la otra el puro.

—¡Mátense ya de una vez! ¿Qué es eso?...

Ya ni sabe lo que dice. Por dos veces intenta abrirse paso, pero es inútil en absoluto. La segunda vez, si no es por un grueso árbol, recibe en mitad de la cabeza un tiesto, que viene disparado por los aires. Porque en el fragor del combate, de tierra, mar y aire, vuelan los tiestos floridos y el estanque es mar donde la brega cobra nuevas formas. En el agua luchan Luis Antonio y José Luis. Luis Manuel desde fuera ríe como un descosido. Pero los otros primos no quieren treguas de nada. Saltan fuera, le ponen sin sentido a puros golpes y luego, entre los dos, uno por los pies, el otro por los hombros, le tiran al estanque. Con el fresco del agua se reanima y la lucha vuelve a su apogeo.

Entretanto Lupita vuela por la carretera, ¿Llora todavía? Una

mujer enamorada llora siempre. Pero las lágrimas tienen que dar paso a emociones menos dulces, menos poéticas. Sencillamente trágicas.

En el cono luminoso de los faros se dibujan de repente las figuras de dos hombres, muy cerca, que obligan al frenazo en seco. Podemos suponer el susto de John y de su hija. ¿Salteadores?

Por desgracia, no. Algo peor. Los hombres sofocados, temblorosos, casi sin poder articular palabra, cuentan cómo los López han matado a Margarito, el hermano del criado de doña Luisa, a quien vimos la mañana de San Luis, y han prendido fuego a una de las fincas de los García.

John maniobra. Velozmente otra vez hacia San Luis. Cuando los hombres saltaron del coche y entraron en el jardín de la abuela, los tres García pefeaban extenuados. Extendían los brazos como si estuvieran mareados y golpeaban el aire.

—¡¡Señoritos!!—llamaron los hombres. Y les susurraron al oído cuanto acababa de ocurrir.

Elos se miraron. Recogieron sus pistolas, y partieron. Partieron como si entre ellos jamás hubiera la menor diferencia y cual si en ese instante fueran sacados de un cómodo lecho, donde ya les iba resultando excesivo el descanso.

Era muy cerca de la madrugada. Doña Luisa se quedó conternada ante la noticia. ¡Asesinos! Era preciso acabar con ellos y sus nietos darian bien pronto cuenta de semejante estirpe de chacales.

Renació el silencio en la casa de la calle de Las Angustias. Diríase que de un momento a otro se había quedado desierta. Se oye, triste, el canto de la fuente y las flores de los tiestos ahora rotos y derramados por todas partes, sangran en la noche.

Cuando apenas el sol despega del horizonte, ya se había extendido la noticia de la muerte de los López. Inmediatamente las autoridades se pusieron en movimiento, al objeto de averiguar quiénes habían sido los causantes del derramamiento de sangre. Mas no tuvieron que esforzarse mucho, aunque mejor diríamos que sus esfuerzos fueron vanos, porque no serían las once de la mañana cuando Luis Manuel García comparecía ante el oficial del Juzgado, voluntariamente, declarando que él era el afortunado matador de los López.

Se empezó sin dilación a levantar el acta.

El oficial del Juzgado está en sus propias glorias, esperando que no tardará en llegar el señor licenciado, a quien le ha pasado aviso inmediatamente. Es mediano de talla, moreno, con liso pelo muy negro tirado con cierto descuido hacia atrás. Tiene los hombros anchos, algo abultado de espaldas y un hermoso bigote, también negro, cuyas guías, entornadas hacia arriba recuerdan los bien sentados cuernos de la vaquilla, que de primera intención metió el resuello en el cuerpo a este García, aquí presente.

Pero no es fácil lidiar con los García. Cuando se encuentran en lo mejor de las actuaciones y el amanuense en ahoga en tinta, a fuerza de prisas, entró José Luis.

—¿Pero qué busca usted aquí?—le dice el oficial, intentando saber qué desea el bien plantado joven.

—Vengo a entregarme—contesta José Luis echándole una mirada furibunda a su primo, que no se explica a qué viene aquello de entregarse, y prosigue: —Yo soy el que mató a los López.

El oficial se queda sorprendido. Mira a Luis Manuel. Vuelve a José Luis. Se lleva la mano a la barbilla. Tiene una sonrisa irónica y descarga en un golpe de risible ira.

—¿Cómo se llama usted?—pregunta a José Luis.

—¿Yo? José Luis García.

—¡Ah, vamos! Usted cree que presentándose voluntariamente como el asesino de los López va usted a aminorar la responsabilidad de éste—señalando a Luis Manuel—, que es el verdadero asesino.

—¿Quién?—pregunta José Luis, que se ha sentado sobre la mesa con los ojos vagos por la espaciosa sala.

—Este—contesta alargando el dedo hasta casi tocar a Luis Manuel.

—¡Vamos! No me haga usted reír—exclama José Luis mirando a su primo con desprecio.

Luis Manuel hace amagos de irse contra él, pero se detiene.

No podía esperar el buen oficial que las cosas pudieran complicarse más en menos tiempo. Cuando se disponía a imponer silencio a los dos alborotadores, oye una voz fuerte, pero serena, que ordena:

—¡Manos arriba!

Ni un instante vaciló ninguno de los presentes en alzar las

manos, quedándose todos sobresaltados. Digo mal: hubo uno de los guardias, el que estaba a la derecha y algo al fondo, que intentó sacar la pistola, pero Luis Antonio, que lleva un arma en cada mano, lo advierte y se la hace soltar de un disparo.

—Andele, ¿qué hacen ahí? Lárguense—dice a sus primos.

—¿Y tú?—preguntan los otros dos.

—Ahí les alcanzo, no más. A la puerta están los caballos.

Luis Manuel y José Luis salen precipitadamente, montando en los caballos a la carrera y galopan camino adelante.

John, que en ese momento llega con su hija, les ve huir. Así se lo comunica a doña Luisa, a quien se encuentra en la calle, camino del Juzgado.

Quando Luis Antonio vió libres a sus primos, se adelantó hasta el oficial, que se echa atrás creyendo que le va a matar. Pero el García, al llegar junto a él, lanza las pistolas en molinete, para cogerlas en seguida y las coloca sobre la mesa y, cuadrándose en jaras delante del bigotudo oficial, le dice:

—Júzgueme por protección de fuga, amago a la autoridad y muerte a los López.

El oficial, cuando ve las pistolas sobre la mesa, se lanza sobre ellas y las empuña una en cada mano y se embravece.

—Tenga cuidado—le advierte Luis Antonio sonriendo al verse encañonado, y que el buen hombre da la orden de perseguir a los fugitivos—, que se disparan solas.

—Escribe—manda el hombre hecho un león al amanuense haciendo aspavientos con las pistolas.

—Ah—vuelve a decir Luis Antonio—, y también por escándalo.

—¡Qué sabrá usted!—le replica el oficial con desprecio sarcástico mirándole de los pies a la cabeza.

—¿Cómo sabe usted si puedo ser abogado?—insiste Luis Antonio cada vez más campechano.

—¿Abogado, con esa facha?...

—Hombre, si vamos a juzgar por la facha...—le dice Luis Antonio mirándole irónicamente de arriba abajo.

El oficial se entusiasmó dictando al amanuense. Pero tanto gallea y se enfurece que se le descarga una de las pistolas.

—¿No ve?—le advierte el García—. Ya le dije que se disparan solas. Son para hombres.

El oficial, de súbito sobrecogido, recupera sus ínfulas y ordena que le encierran.

Los guardias se disponen a cumplir la orden y se llegan hasta Luis Antonio queriendo cogerle. Pero él los rechaza y entra solo hacia los calabozos.

El oficial ordena entonces al amanuense que le lea las actuaciones.

—«En el día de hoy y en el pueblo de San Luis de la Paz—leyendo con ridículo sonsonete—comparece Luis Antonio García, que dice ser primo de José Luis García, que a su vez dice ser primo de Luis Manuel García...»

En ese momento entra la abuela. Mira en torno, intentando que le abran la puerta de rejas.

—¿Pero quién es usted?—le pregunta con desprecio el oficial.

—Luisa García.

—¿Luisa García ha dicho?—pregunta, casi a punto de caer en la locura, el oficial.

—Sí, señor, Luisa García. Y vengo a ver a mis muchachitos.

—¿Sus muchachitos?... ¡Valiente raza de víboras! ¿Por qué no va a ver a los que se han ido?

—Esos no me preocupan; esos están libres.

—¿Libres? ¡Prófugos, que no es lo mismo!

—Bueno, señor. Para mí todo el que anda por la calle está libre.

—Como vuelvan por aquí mandaré poner una ametralladora en la puerta.

—¡Se la quitan, señor; se la quitan!—responde doña Luisa riéndose de la ingenuidad del buen oficial.

—Tan pronto como les tenga en mi mano les voy a hacer pagar cara su insolencia—amenaza el hombre.

—Eso será si yo me dejo—responde la abuela—. Yo también tengo mis agarraderas. Y si es preciso sé hacerle la llorona al señor gobernador.

La respetable señora, con su bastón y su puro, da la vuelta en redondo y sale. Al llegar a la puerta se vuelve y le enseña la lengua al oficial, que se encoge de hombros, lo mismo que el amanuense ante tamaña injuria a la justicia.

Los guardias no han regresado de perseguir a los otros dos

García. Pero éstos sí. Ellos no necesitan policía, ni para detenerse ni para hacerles comparecer ante las autoridades.

Cuando el oficial les ve entrar coge de nuevo las pistolas. Pero, ¿para qué? Luis Manuel y José Luis se meten solos en los calabozos.

—¡Cómo, serán bueyes!—exclama Luis Antonio desde su encierro al verles entrar—. ¡Ahí no más y se dejan coger!

—No nos han cogido—dice Luis Manuel.

—Nos has engañado y... eso no está bien. Nos veremos no más—amenaza José Luis.

Y ellos mismos entran, cada uno en un departamento, y se cierran las puertas.

Lleno de gozo está el oficial, viendo que ya tiene encerrados a los terribles García, los asesinos, a quienes hará sentir el peso de la ley. Tendrá, sin embargo, que someterse al veredicto del señor licenciado, cuya llegada se anuncian en ese momento.

El licenciado es un hombre de poca talla, fino cuerpo y reposados ademanes. Un hombre distinguido, ante el cual el oficial se inclina haciendo zalemas.

—Hola, señor licenciado, y ¿cómo le va? Bienvenido, señor licenciado?

Este no le contesta, limitándose a sonreír beatíficamente hasta que llega a su mesa de despacho.

—¿Y qué tal va ese asunto?

—No sabe usted, señor licenciado, cuánto me ha costado encarcelar a los asesinos. Pero ya los tengo aquí a los tres. ¡Son unas fieras! Hay que ajusticiarles inmediatamente, señor licenciado.

—Pues mucho siento tener que comunicarle que, no sólo no se les ajusticiará, sino que se les premiará también.

—Señor licenciado—exclama el oficial—, ¿es comó para perder el juicio?

—Pues lo va a perder. Escuche la comunicación que he recibido: «El Gobierno Federal gratificará con la cantidad de tres mil pesos a los que entreguen a los López, vivos o muertos, por asesinos, asaltantes y prófugos, fuera de la ley.»

El oficial cae sentado en su asiento, pasándose el pañuelo por la frente, que se le cubre de un sudor frío.

John, que acaba de llegar, seguido de un grupo considerable

de abogados y fiadores, que han tirado sus sobres llenos de billetes sobre la mesa, ha oído la lectura de la comunicación oficial. Todo huelga, pues los abogados se retiran, los fiadores recogen su dinero y los García salen de los calabozos.

Es en ese instante cuando aparece el verdadero matador de los López.

—Esta es la pistola con que fueron muertos los López—explica uno de los guardias.

—¿Y cómo les mató?—pregunta el oficial.

—Verá usted, señor. Cuando me enteré de que los López habían matado a mi hermano Margarito y que habían prendido fuego a la finca del señorito Luis Antonio, yo cogí una pistola, tomé el caballo del señorito Luis Manuel y me fui a buscarlos al monte. Sería muy cerca del amanecer cuando los encontré, todos acurrucaditos y dormiditos. Yo me acerqué muy despacio y como se dice, con perdón, me los fui echando al pico uno a uno. El último llegó a rozarme un poco, pero afiné la puntería y también cayó. Allí se quedaron los pobrecitos, retorciéndose como unos pajaritos...

Luis Antonio miró a Luis Manuel y se echó a reír.

—¿Entonces tú?

—¿Y tú?—a José Luis.

—Tampoco.

—Ni yo—concluyó. Y los tres salieron a la calle.

Caminaron primero despacio, luego más de prisa y en seguida a toda carrera hacia casa de la abuela. Subieron al piso alto, dirigiéndose a la alcoba de Lupita, que estaba haciendo de nuevo las maletas, ya vestida para ponerse en marcha.

Cuando vió venir a sus tres primos cambió de semblante y se puso nerviosa.

—Hola, prima—saludaron ellos.

—Venimos a ver qué resuelves por fin—dijo Luis Antonio.

Lupita pareció no oírle. José Luis se molesta, se acerca y le hace saber que su primo le ha hablado. Ella rehusa escucharle y se vuelve a otro lado, pero la ataja Luis Antonio. Quiere irse a decirlo a la abuela, pero le corta el paso Luis Manuel. Está lo que se dice acorralada y no tiene más remedio que dar definitiva solución al terrible conflicto.

—¿Y qué voy a resolver yo?—pregunta.

—Pues a ver con quién de nosotros te casas.

—¿Casarme yo con uno de ustedes? ¡Antes muerta! No saben más que armar escándalos por todas partes y traen mártir a la abuela con sus sempiternos pleitos. No seré yo quien venga a aumentarle sus sufrimientos.

Lupita llora. Pero se rehace pronto y vuelve a arengarles:

—¿Crees tú, poeta adinerado, que con tú dinero vas a conquistarte el corazón de nadie? Ni tú—a Luis Antonio—, eterno don Juan y borracho incorregible, que no piensas más que devaneos tontos y ridículos. Ni tú, insufrible orgulloso...

Lupita no puede sufrir más. Se seca las lágrimas, se indigna.

Los tres primos se miran unos a otros. Hay que resolver, y la tragedia les cruza las miradas y les deslumbra. Hay que resolver.

—Tres García somos muchos—dice José Luis.

—Pos sí—corrobora Luis Antonio.

Allí se quedan, frente a frente, cuando Lupita sale para no verles más. Pero eso es lo que ella se cree. Todavía no ha salido de la estrecha escalera por donde desciende, cuando se oyen tres disparos. Tira la maleta, vuelve a subir como una exhalación y se encuentra con un espectáculo horrible. Luis Antonio se desploma en ese mismo instante, y los otros dos yacen, cuan largos son, en el suelo.

—¡Esta tragedia tenía que llegar!

Lupita se olvida de todos sus temores. Ya puede descansar de los furres de la estirpe; pero puede dar rienda suelta a su amor, luctuoso amor, ante el cadáver del García que lo ha robado el corazón.

—¡José Luis, vida mía!—llora, echándose sobre el cadáver del García.

Los otros muertos escuchan. ¡Qué bromas!, levantan la cabeza para convencerse a ojos vistas de lo que está ocurriendo y, efectivamente, ven a Lupita hecha un mar de lágrimas y un océano de amor sobre el cuerpo quieto del afortunado primo. Se miran. Comprenden, si es que cabe a corazón humano sondear las honduras y descubrir las causas por qué las mujeres se enamoran de algunos hombres. Pero las cosas son así, no cabe duda. Optan, pues, por levantarse y... larguarse, tan en silencio, tan de prisa, que la enamorada no logra advertirlo.

Pasado el primer golpe abrumador de la emoción y después de haberle dicho al supuesto cadáver todo lo que en el corazón lle-

vaba, se volvió para dedicar brevemente la atención a los otros muertos.

Pero es entonces cuando se da cuenta de que estos muertos son de los que andan. Se vuelve vertiginosamente a José Luis, al que sorprende con la cabeza ligeramente alzada.

—Canalla, sinvergüenza—le dice golpeándole con ambas manos en la cara.

José Luis se incorpora, la estrecha entre sus brazos y llega hasta juntar sus labios con los de ella.

Lupita se resiste denodadamente. Mas, al fin, la violencia de su furia decrece, se apaga su furia y ya no es reacción, sino acción feliz del amor la que une sus propósitos para siempre; aquel gran amor que al fin se revelaba y entraba en sus cauces normales.

Luis Antonio y Luis Manuel salieron desconsolados.

—Cualquiera es capaz de adivinar lo que hay en el corazón de las mujeres.

Eso dicen los dos. Eso piensan. Eso sienten por igual.

—¿Y pos qué le vamos a hacer?

En el patio, mejor, en frente de la casa, está John, todo tiznado de aceite, buscando una absurda e inesperada avería de su coche. Y las llaves. Pero el infeliz no sabe que las llaves está en el bolsillo de su futuro yerno, y que tal vez sea él mismo el conector de la posible irregularidad de su coche, si es que tiene alguna.

—El único consuelo que me queda—dice Luis Antonio—, es que el primer chamaco se llamará Luis Antonio, como su tío.

—¡Ahí no más! Luis Manuel, como yo.

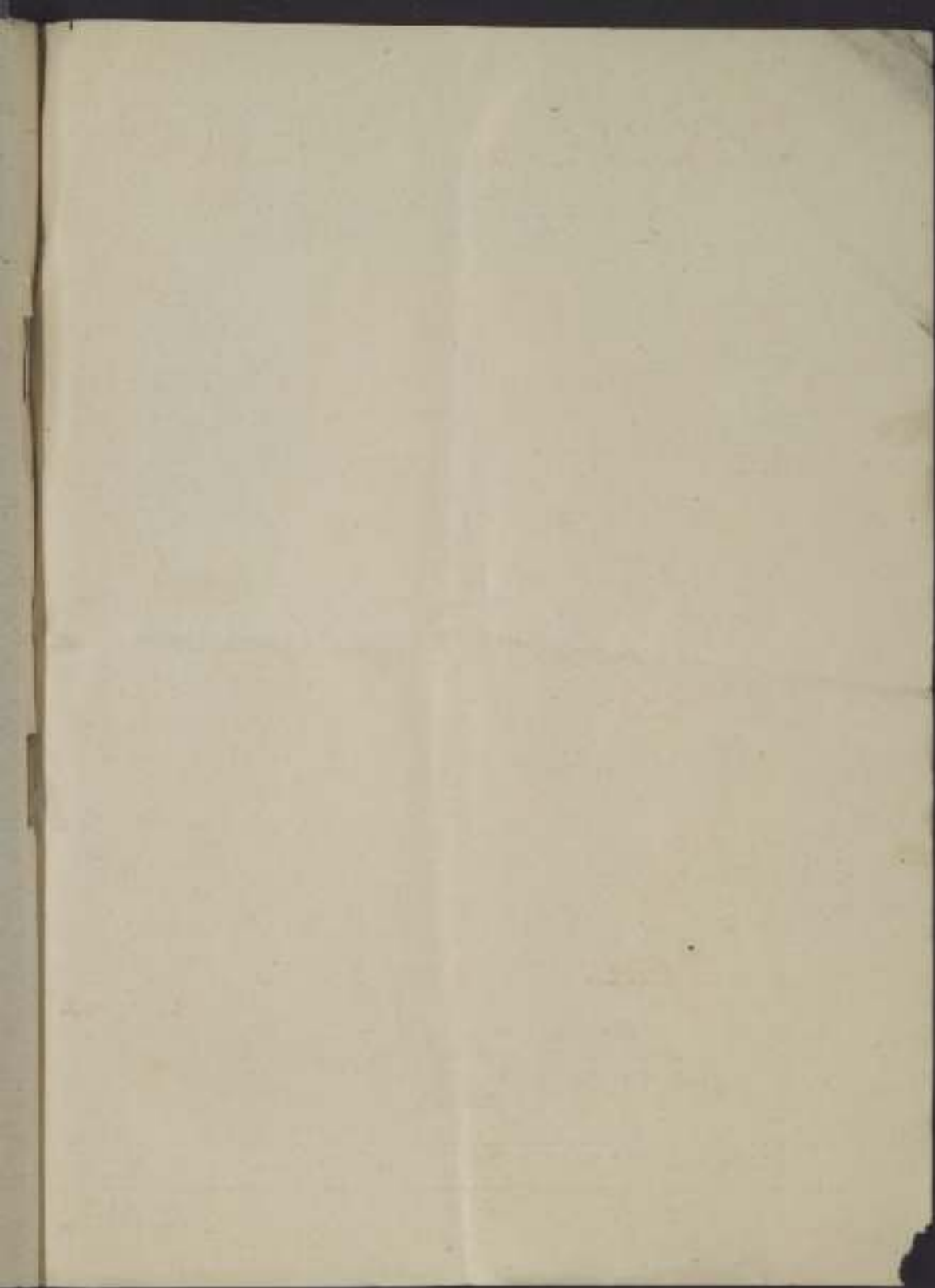
—¿Sí?

—¿Y quién se lo impide?

—Pos...

Y los únicos depositarios libres de la generosa sangre de los García siguieron siéndolo: Garcías puros, los García, como diría Lupita. Son demasiados García para nombre al primer sobrino y... ¡vayan a saber ustedes si los García siguen siendo tres!

FIN



CANCIONERO

de **Editorial ALAS**

1 peseta

RAFFLES
PEPE BLANCO
CARLOS GARDEL
ANTONIO AMAYA
CARMEN FLORIDO
ANTONIO MACHIN
MANOLO CARACOL
NIÑA DE LA PUEBLA
JUANITO VALDEREAMA
LOS MEJORES CANTARES
ANTONITA MORENO
HERMANOS VIANOR
CONCHITA PIQUER
CARDOSO (Tengo)
RAQUEL RODRIGO
CARMEN SEVILLA
GLORIA ROMERO
PEPITA LLACER
LUIS ARAQUE



IRMA VILA
NEGRETE
MARIA ELVIRA
JUANITA REINA
NIÑO ALMADEN
HUGO DEL CARRIL
MANOLO SEVILLA
EL PRINCIPE GITANO
MIGUEL DE LOS REYES
EUSENIOS DEL NORTE
TOMAS DE ANTEQUERA
IMPERIO ARGENTINA
GRACIA DE TRIANA
IMPERIO DE TRIANA
MONIQUE THIBAUT
ALFONSO GUERRA
PEPE MARCHENA
LOLA FLORES
JOSE MARIA

CANCIONERO EXTRAORDINARIO

1'50 ptas.

TOMAS RIOS - ANTONIO MACHIN - BONET DE SAN PEDRO
MARIA DEL VALLE - LOS CLIPPER'S

2 ptas.

Cinco Vocalistas del Jazz - Cinco Estilistas Calés - Cinco Estrellas Calés
Cinco estrellas del Hot - Trío Calaveras - Cuarteto Tropical - Irma Vila
Antonio Machin - Curro Lucena - Bronce y Seda - Arriba Va - Estrellas
de la Radio - Negrete, Irma Vila y Trío Calaveras - Pepe Blanco

COLECCION NEGRETE

1'50 ptas.

CREACIONES DE JORGE NEGRETE
JORGE NEGRETE Y AMANDA LEDESMA
JORGE NEGRETE, SUS NUEVOS EXITOS
JORGE NEGRETE - IRMA VILA - TITO GUIZAR

Pedidos a EDITORIAL ALAS - Apartado 707 - Barcelona